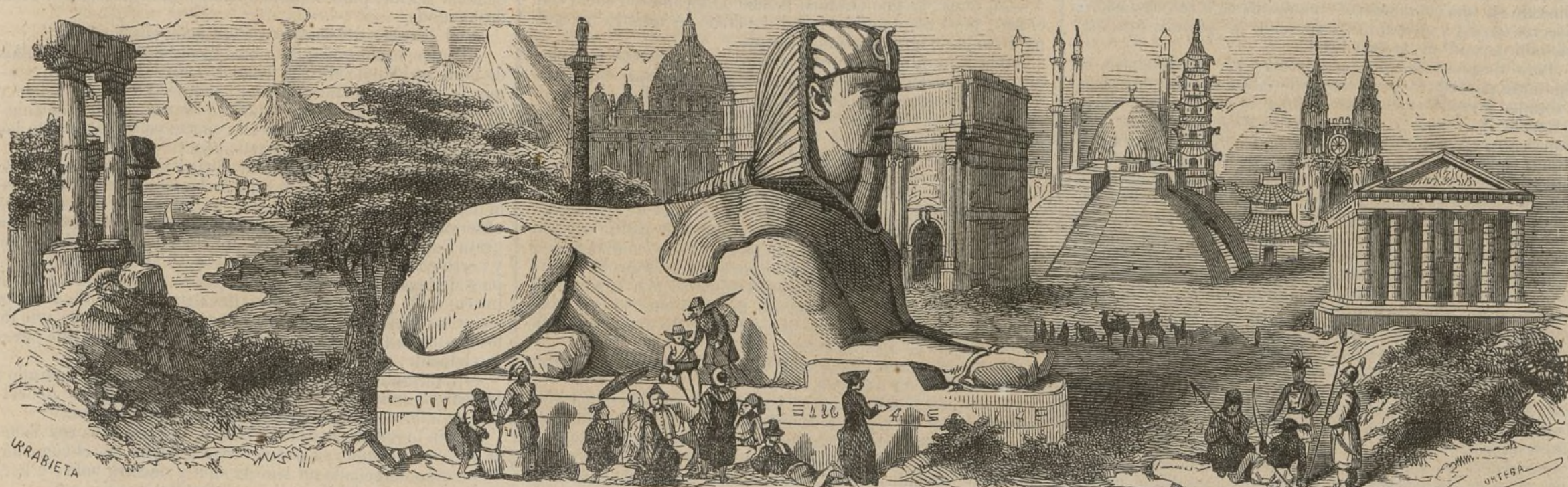


EL UNIVERSO PINTORESCO,

15. MAYO, 1855.

PERIÓDICO QUINCENAL.



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española, de Mellado, rue Pavée St. André, núm. 3.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. La danza de las mesas.—La estatua de nieve, cuento. (Conclusion).—Dahomey.—La huérfana del Pirineo, novela, por don José María Goizueta. (Continuación).—Maravillas del arte y de la industria, los Automatas, por don F. Fernandez Villabril.
GRABADOS. Una tertulia.—Explorador de la guardia particular del rey.—Música del cuerpo de las amazonas.—Gran cabecero en traje de parada.—Cacereros en jefe de las amazonas.—Mujeres de Dahomey.—Natural de Dahomey.—El hijo del rey Guezo.—Habitante de Dahomey en tiempo de lluvia.

La danza de las mesas.

Vamos á tratar de un asunto que preocupa en este momento á media Europa; nos referimos al fenómeno magnético conocido hoy con el nombre que sirve de epígrafe á este artículo. Empezaremos por referir sucintamente su historia.

Hace algun tiempo que los periódicos de la Union Americana hablaron de la *table moving*, pero uniendo este fenómeno á la *secta de los espiritus* (1) cuya circunstancia hizo que se acogiera con la misma desconfianza que se acogen otras muchas cosas estupendas que frecuentemente nos vienen del mismo origen. Sin embargo, un comerciante alemán establecido en Nueva York escribió, segun refiere el *Courrier du Bas Rhin*, á un hermano suyo residente en Bremen, y que solía poner en ridículo las alucinaciones de los americanos, que no había por qué reírse tan ligeramente de ciertas cosas que no se comprenden, y que la danza de las mesas (*table moving*) era ya allí un hecho constante y fuera de duda. El negociante explicaba en qué circunstancias y cómo se producía este fenómeno.

El de Bremen puso manos á la obra, porque cabalmente manos, y no otra cosa, es lo que hay que poner, y un éxito sorprendente sobrepusó sus esperanzas, aunque á decir verdad, esto no tenía gran mérito, porque sus esperanzas no eran ningunas. Los experimentos se repitieron delante de testigos, se llamó á los incrédulos de que esto fuera posible y sus manos mismas produjeron una y otra vez este fenómeno.

Formalizado esto, un médico de Bremen, el doctor Andree, creyó deber contar en la *Gaceta de Aushurgo* las experiencias á que había asistido en principios del pasado abril.

En ellas, ocho personas se sentaron alrededor de una mesa redonda, de caoba y con cuatro pies y peso de 60 libras. De di-

chas ocho personas tres eran hombres y cinco mugeres, de la edad de diez y seis á cuarenta años. Colocados todos alrededor, se formó la cadena con las precauciones convenientes. Los vestidos de uno no deben tocar á los que tiene al lado. Las sillas deben estar á cierta, aunque indeterminada distancia unas de otras. Las personas sentadas, ni deben tocarse con los pies, ni tocar á los pies de la mesa, ni los circunstantes deben tocar á los operadores ni á sus sillas. Dichas personas no han de estar en comunicacion con la mesa mas que por la cadena, que se forma poniendo cada uno sus manos ligeramente sobre la mesa, y tocando únicamente con sus dedos meñiques las manos de sus vecinos, de tal suerte, que el dedo pequeño de la mano derecha se apoye sobre el dedo pequeño de la mano izquierda del vecino de su derecha.

Al cabo de veinte minutos, una señora se sintió indispuesta, se levantó rompió por lo tanto la cadena, y al momento se reformó esta. La experiencia duraba sin resultado cerca de media hora, ya se cansaban todos y se iba á dejar, cuando un joven naturalista, el mas incrédulo de los que formaba la cadena, exhortó á los demás á perseverar, y dijo que sentía en el brazo derecho corrientes de una naturaleza particular,

que habían pasado insensiblemente y con mayor fuerza al brazo izquierdo. Poco á poco los demás dijeron lo mismo.

Mientras que un señor de edad se reía diciendo que esta era una de tantas fábulas como corrían por el mundo, las damas, las señoras y á poco todos, empezaron á gritar: «Ya se mueve, ya marcha.» Con efecto, se movía. Primero se balanceó un poco de izquierda á derecha, y de derecha á izquierda: en seguida se puso en movimiento, esto es, en marcha. Los asistentes se apresuraron á retirar las sillas de los siete experimentadores que debían continuar formando la cadena, y la mesa, que las catorce manos seguían tocando ligeramente, se dirigió hacia el Norte, y se puso á girar sobre si misma con tal rapidez, que los que formaban la cadena no podían seguirla en su rotacion. Llevaba ya cuatro minutos de movimientos, cuando á petición de uno de los espectadores, varios de los que hacían la cadena se tocaron de intento con los brazos ó con la ropa, y la mesa se quedó inmóvil. Reformada la cadena, á los tres minutos volvió á comenzar el movimiento. El experimento cesó, porque las personas que formaban la cadena estaban ya rendidas de fatiga, por la carrera circular á que la mesa les había obligado.

El doctor Andree, despues de garantizar la entera exactitud de su relacion, opina que los experimentadores se trasmitian un fluido cuya accion se siente mas vivamente por los que están sentados al lado de un temperamento ó de una naturaleza impresionable. Parece que es necesario mas ó menos tiempo para poner en movimiento la mesa, segun que posean en mas ó menos grado los que están á su alrededor, la facultad de recibir, de producir, ó de trasmitir el fluido. En unos casos el movimiento comienza á los catorce minutos, y aun á los doce. En otros se ha necesitado hora y media. Entre los varios modos discurridos para repetir el experimento, acreditando á los circunstantes su sinceridad, aunque esto es bien fácil, porque para ello no hay mas que encadenarlos, se ha hecho la prueba de formar una cadena con hombres robustos é ignorantes que habían llegado á Bremen para emigrar, y á quienes no se había dicho el objeto de aquella estraña operacion. La experiencia salió perfectamente. Tambien es verdad que esto no es rigurosamente y siempre constante. Algunas veces falla y no se verifica, sin que hasta ahora podamos saber por qué. Parece que el éxito se asegura mas formando la cadena personas de ambos sexos. Hasta ahora los niños y las personas de bastante edad no parecen las mas á propósito para producir la cantidad necesaria de fluido. En algunos casos, sin embargo, ha salido bien la experiencia con jóvenes de poco mas de catorce años. Las manos que forman la cadena, se sienten como atraídas por la mesa. Hay que cuidar mucho de que la cadena no se interrumpa cuando comienza el movimiento. Este



La tertulia.

(1) En el próximo número explicaremos lo que es esta secta

consiste primero en balancearse ligerisimamente; despues es una mudanza de sitio, una rotacion sobre su eje. Segun un gran numero de observaciones, la marcha se dirige hacia el Norte; la rotacion es mas comunmente de izquierda a derecha; algunas veces de derecha a izquierda. Conviene que la cadena se forme con personas de sexos y temperamentos diferentes, porque se cree haber notado que el movimiento empieza antes y se hace mas rapido.

En estos ó parecidos terminos referia la *Gaceta* de Ausburgo, á primeros de abril próximo pasado, los experimentos del doctor Andrée, de Brema, y añadia que nunca habria admitido en sus columnas tal comunicacion, á no constarle el carácter formal y el nombre respetable de quien la firmaba, saliendo garante de su exactitud.

Pero despues de esta publicacion, los experimentos se repitieron por toda la Alemania; salieron como podia desearse, y sesudos periódicos germanicos como la *Gaceta* de Colonia, la *Gaceta* de Leipsick, la *Gaceta* del Weser, acogieron con gran favor relaciones semejantes á la del doctor Andrée, de Brema. De Berlin, de Breslau, de Viena, de Heidelberg, de otras cien ciudades, personajes dignos de fe, profesores, médicos, altos funcionarios, venian á contar al público los hechos que habian presenciado, ó en que habian tomado parte. Esto habia llegado á un punto tal, que en Heidelberg y en su universidad famosa, el experimento se habia hecho por toda la facultad de derecho, á saber: por los profesores Mittermaier, Renaud de Wangerow y Zaepfl, juntamente con la muger, una hija y un hijo de Molh, consejero áulico, decano de la facultad, y uno de ellos, á nombre de sus colegas, da cuenta del feliz resultado en la *Gaceta* de Ausburgo del 18 de abril.

Para completar las noticias estrangeras sobre este fenómeno, diremos que uno de los redactores de la *Illustration-Zeitung* asegura haber seguido el movimiento de rotacion de una de estas mesas hasta caer rendido de fatiga, y que segun la *Illustration* de Paris en su número del 7 del corriente, los experimentos se multiplican, y al presente no solo se hace girar á las mesas y veladores, sino tambien las sillas, los armarios, los bufetes, etc. Sin embargo, dice el citado periódico, que han ocurrido ya graves accidentes, pues aparte los males de cabeza y ataques de nervios, consecuencia inevitable de estas pruebas, son de temer convulsiones epilépticas, y cita el ejemplo de un jóven de diez y seis años, cuya vida está en peligro por haber repetido el ensayo varias veces seguidas.

Mientras que el hecho no habia recibido la caucion de los periódicos alemanes, y sobre todo del doctor Andrée, en España pasó desapercibido; pero de algunos dias á esta parte han empezado las pruebas, sin mas resultado en un principio que dar motivo á unas cuantas bromas entre gente de buen humor; pero la *España* en su número del martes 10 del actual, despues de insertar el contenido del *Courier du Bas Rhin* en los terminos en que nosotros lo dejamos copiado, refiere un experimento hecho en Aranjuez en la noche del día 8, garantizando la veracidad del corresponsal que se lo anuncia. No era necesario mas que la autoridad de un periódico tan respetable y acreditado en materias científicas, para que todo el mundo se lanzase á la prueba, y hace unos cuantos dias que en Madrid puede decirse que nadie se ocupa mas que en hacer bailar las mesas con mejor ó peor éxito, al estremo que hasta los cajistas de nuestra imprenta han hecho ya sus corresponsales ensayos. Omitimos por creerla inútil una relacion detallada, así del de Aranjuez como de otro que refiere la *España* del día 12, y algunos mas de que tenemos noticias. Debemos añadir, no obstante, que nosotros no hemos presenciado ninguno, pero que al parecer, es un hecho incontestable que las mesas *danzan*, siguiendo las prescripciones alemanas que mas arriba hemos apuntado; que danzan mas pronto cuanto son mas ligeras; que el movimiento es casi siempre de izquierda á derecha; que la diferencia de sexos y edades no influye de una manera absoluta, sino en relacion para lograr el resultado, y que el fenómeno se opera con mas facilidad y prontitud estando la mesa ó velador que ha de girar colocada sobre una tarima de madera que reemplaza el *parquet* de los suelos alemanes, porque las alfombras hay sospechas de que absorben el fluido y embarazan el movimiento, si bien una vez dado el impulso esto no suele ser un obstáculo. Tal es en resumen lo que hemos sacado en limpio de las descripciones publicadas hasta ahora. Como presumimos que este fenómeno, verdadero descubrimiento en la region de la ciencia, ha de producir otros efectos que un rato de solaz á las tertulias, prometemos formalmente á nuestros lectores irlos enterando de todo lo que de él sepamos. El grabado que acompaña á este artículo representa una de nuestras sociedades de gran tono disponiéndose á hacer el ensayo bajo la direccion de un médico entusiasta de los progresos científicos del siglo, poseído de la suficiente fe en ellos para dar crédito á lo que nuestros abuelos hubieran calificado con el nombre de *brujería*, y hubiese sido acaso motivo de un *Auto de Fé*.

La estatua de nieve.

CUENTO AMERICANO.

(Conclusion).

Al hablar así, la madre dirigió una mirada hacia el sitio en donde los niños habian hecho la estatua: ¡mas cual fué su sorpresa al no ver allí el menor rastro de su trabajo!... ¡Nada de estatua!... ¡nada del montón de nieve!... no se advertian mas que las huellas de unos pies pequeñitos en derredor de un sitio vacío.

—¡Esto es muy extraño!... dijo.

—¿Qué es extraño, querida mamá? preguntó Violeta. Papá, ¿no comprendéis lo que es? Pues es la estatua de nieve que hemos hecho Peonia y yo, porque queríamos una amiga para jugar con ella. ¿No es verdad, Peonia?

—Sí, papá: dijo el encarnado niño. Es nuestra hermanita de nieve. ¡Qué hermosa está!... pero me ha dado un beso tan frío, tan frío...

—¿Qué absurdo, hijos míos!... exclamó el bondadoso y honrado padre, que como ya hemos indicado, todas las cosas las miraba bajo el punto de vista del sentido comun. No me habéis de formar con nieve niñas animadas. Vamos, esposa mia, no debemos consentir que esa niña permanezca espuesta al frío por mas tiempo: la haremos entrar en casa, y la dareis pan y leche caliente, y todo lo demas de que tenga necesi-

dad. Mientras tanto voy á tomar noticias de los vecinos, y si no me satisfacen, á mandarla pregonar por las calles.

Y el honrado y sensible Lindsey se dirigió hacia la señorita blanca con las mejores intenciones del mundo. Pero Violeta y Peonia se apoderaron cada uno de la mano de su padre, y le suplicaron con las mayores instancias que no la hiciese entrar.

—Querido padre, gritó Violeta colocándose delante de él, lo que yo os he dicho es la verdad. Es nuestra hermanita de nieve; y no puede vivir mas que con el viento glacial del Oeste. No la hagais entrar en una habitacion caliente...

—Sí, papá, añadió tambien Peonia golpeando el suelo con el pie, pues con tanta seriedad hablaba; es nuestra hermanita de nieve y no la gustará el fuego.

—Absurdo, niños, absurdo, absurdo.... contestó el padre medio incomodado y medio sonriéndose de lo que calificaba de loca obstinacion. Entrad al instante, pues ya es tarde para jugar. Es preciso que yo tenga cuidado de esa niña, y que entre inmediatamente, ó de lo contrario va á contraer un resfriado que puede ser mortal.

—Querido esposo, dijo la señora en voz baja, (porque habia examinado de cerca á la niña de nieve y se encontraba mas embarazada que antes), en esto hay algo de extraordinario: creéis tal vez que estoy loca, pero no podria ser que algun ángel invisible, atraído por la sencillez y confianza con que nuestros hijos han puesto manos á la obra, haya pasado una hora de su inmortalidad jugando con esas almas tiernas y candorosas? El resultado de todo eso seria lo que llamamos un milagro.... No, no os burleis de mí.... conozco cuan necia es esta suposicion.

—Querida esposa, contestó el marido riéndose, sois tan niña como Violeta y Peonia.

Y era cierto en un sentido, porque toda su vida habia conservado en su corazon una sencillez y una confianza infantiles, y estaba tan puro y trasparente como el cristal: y mirándolo todo al través de aquel anteojito, habia descubierto algunas veces verdades tan recónditas, que las demas gentes se reian y las tenían por absurdos.

El bueno de Mr. Lindsey acababa de desembarazarse de sus dos hijos que le seguian gritando y suplicándole que dejase á la niña de nieve divertirse con el helado viento del Oeste. Al acercarse á ella, los pajarillos emprendieron la fuga, y la señorita blanca huyó tambien meneando la cabeza como para decir: «Os suplico que no me toqueis...» y le condujo maliciosamente á los parages en donde habia mayor cantidad de nieve. El buen hombre tropezó y cayó de cara, de modo que cuando volvió á levantarse, la nieve que se habia quedado adherida á su paletó le hacia parecer á una estatua de la mayor dimension. Algunos vecinos, al ver aquello desde sus ventanas, se preguntaban unos á otros que le ocurría al pobre Mr. Lindsey, que corria por el jardin detrás de un monton de nieve que el viento impelia de uno á otro lado. Por último, no sin dificultad, llegó á bloquear á la pequeña estrangera en un rincon, de donde ya no podia escaparse: su muger seguia con la vista todos sus movimientos. Al día habia sucedido el crepúsculo, y se maravillaba la señora de ver á la niña de nieve brillar y esparcir en derredor suyo una claridad como la de una atmósfera luminosa, y cuando estuvo bloqueada en el rincon, resplandeciendo como una estrella. Aquel resplandor era pálido como el de la luna; pero lo que todavia causaba mas asombro á la señora de Lindsey, era el que su esposo no viese nada de extraordinario en aquella niña de nieve.

—Vamos, picaresca, dijo el caballero, agarrándola de la mano, al fin sois mia, y os haré calentar á pesar vuestro. Os pondremos en vuestros helados pies un buen par de medias de lana y tendreis ademas un excelente chal para abrigaros. Temo mucho el que ya se haya helado vuestra nariz, pero procuraremos remediarlo. Vamos, entrad.

Con una sonrisa benévola en su semblante lleno de ternura y morado con el frío, el caballero tomó de la mano á la niña de nieve y la condujo hacia la casa. Seguiale con lentitud y repugnancia, su brillo habia desaparecido: hacia un momento que se asemejaba á una noche brillante, fria y sembrada de estrellas, con una faja encarnada en el horizonte, pero entonces estaba tan triste y languida como el deshielo. En el momento en que Lindsey la hacia subir las gradas de la escalera, Violeta y Peonia le salieron al encuentro con lágrimas en los ojos, que se helaban en sus mejillas, y le volvieron á suplicar que no hiciese entrar en la casa á su estatua de nieve.

—¡No nacerla entrar!... exclamó el hombre de corazon sensible: estás completamente loca, Violeta, y tú tambien Peonia. Tiene ya tanto frío, que su mano casi ha helado la mia á pesar de mis guantes. ¿Queréis que se muera hecha un carambano?

Su muger acababa de mirar con avidez y casi con terror á la niña blanca, y dudaba si soñada ó no; pero creia haber visto en su cuello la señal de los dedos delicados de Violeta. Parecia que al hacer aquella estatua, Violeta la habia dejado una excrecencia que se la habia olvidado quitar.

—De todos modos, dijo la madre volviendo á su idea, que los ángeles se hayan complacido en jugar con Violeta y Peonia, ó sea lo que quiera, lo cierto es que la niña se parece extraordinariamente á la estatua de nieve!... ¡Creo que está formada de nieve!...

Una ráfaga de viento de Oeste, volvió á hacer brillar á la estatua como una estrella.

—¡De nieve! repitió el bueno de Mr. Lindsey haciendo atravesar el umbral hospitalario á su huésped involuntaria; nada tiene de extraño que parezca de nieve. La pobrecilla está medio helada. Pero una buena lumbre lo compondrá todo.

Sin decir una palabra mas y siempre con las mejores intenciones, aquel hombre de un sentido comun tan benévolo, hizo pasar á la señorita de la helada atmósfera exterior, á la temperatura elevada del comedor. Una chimenea á la Hei-demberh, despedía una luz muy viva, y hacia hervir el agua colocada en una caldera. El calor de aquella habitacion era sofocante: un termómetro colgado en la pared á la mayor distancia de la chimenea, marcaba 48 grados del centígrado. La sala tenia cortinas encarnadas, cubria el pavimento una alfombra, y aquel color la hacia parecer todavia mas cálida. La atmósfera que allí se respiraba era, con respecto á la de lo exterior, como la de la nueva Zembla á las regiones calurosas de la India, ó como la del polo Norte al aire abrasador de un horno. Aquel sitio era excelente para la niña blanca.

El hombre del sentido comun la colocó sobre la alfombra junto á la brillante y humeante chimenea.

Aquí debe estar muy bien, dijo Mr. Lindsey frotándose las manos y mirando en derredor suyo con la mas amable sonrisa. ¡Aquí os podeis considerar como en vuestra casa, hija mia!...

La niña, de pie sobre la alfombra, parecia muy triste, y el aire abrasador de la chimenea, la ofendia como si fuese la peste. Dirigió una mirada apenada á la ventana, y por entre las cortinas vió los tejados cubiertos de nieve y brillar las estrellas en el firmamento. El frío era intenso como el de una noche de invierno: el viento movia los vidrios como convidándola á salir; pero la niña de nieve permanecia allí como desalentada.

Y el hombre del sentido comun nada observaba.

—Vamos, esposa mia, dijo, buscad un buen par de medias de lana, un chal de abrigo, y mandad á Dora que la dé de cenar en cuanto la leche esté bien caliente. Vosotros, Violeta y Peonia, distraed á vuestra amiguita. Ya veis que está intimidada al verse en un sitio que no conoce: yo voy á casa de los vecinos para saber á quien pertenece.

La madre habia ido á buscar el chal y las medias, porque su modo de ver sutil y delicado, habia cedido como siempre al obstinado materialismo de su marido. Sin hacer caso de las observaciones de sus hijos, que sostenian que el calor no era grato á su hermanita de nieve, el bueno de Mr. Lindsey salió y cerró con mucho cuidado la puerta de la habitacion. Despues de levantar el cuello de su paletó, se dirigió hacia la puerta de la calle, mas apenas llegaba á ella le detuvieron los gritos de Violeta y Peonia y el ruido que hacia en uno de los cristales el dedo de su querida esposa que aun tenia puesto el dedal.

—¡Lindsey!... ¡Lindsey!... gritaba aquella aproximando á la ventana su semblante demudado de terror; no hay necesidad de informarse quienes son los padres de la niña.

—Bien lo habiamos dicho nosotros, gritaron á su vez Violeta y Peonia, cuando su padre volvió á entrar en el comedor. ¡Os habéis empeñado en traerla aqui y nuestra pobre y hermosa hermanita de nieve se ha derretido!...

Y las lágrimas corrian con tanta abundancia por sus mejillas, que su padre, viendo que cosas tan extrañas pueden ocurrir á veces en este mundo, temió que sus hijos se derretiesen tambien. Con la mayor ansiedad pidió una explicacion á su muger, pero la única que pudo contestarle, fué que atraída por los gritos de Violeta y de Peonia, habia entrado y no encontró ya á la niña blanca que se derretió rápidamente á su presencia.

—Y mirad lo que de ella resta, añadió señalándole un gran charco de agua que habia junto á la chimenea.

—Sí, sí, padre, dijo Violeta mirándole con aire de reprension al través de sus lágrimas, he ahí todo lo que queda de mi querida hermana de nieve.

—¡Mal padre!... exclamó Peonia golpeando el suelo con el pie (y me estremecí de decirlo), amenazándole con su pequeño puño al hombre del sentido comun. Ya habiamos dicho lo que habia de suceder! ¿Por qué la habeis hecho entrar?... Como un demonio de ojos encarnados gozoso del daño que habia causado, la chimenea parecia mirar á Mr. Lindsey por detrás de su pantalla.

Ya veis que este es uno de esos casos raros, pero que sin embargo, todavia ocurren algunas veces, en los que el sentido comun queda chasqueado. La historia de la estatua de nieve, aunque puede parecer un cuento de niños á los que se asemejan al bueno de Mr. Lindsey, no es por eso menos susceptible de suministrar una moral útil para su edificacion. Por ejemplo, que conviene á los hombres, y sobre todo á los de buena voluntad, considerar bien lo que van á hacer, y antes de emprender sus obras filantrópicas, estar bien seguros de que saben lo que se proponen y su resultado. Lo que es bueno para lo uno, puede ser malo para lo otro: el calor de las habitaciones (aunque siempre es un poco malsano si es excesivo), podia ser soportable para niños de carne y de sangre como Violeta y Peonia, pero no podia producir mas que el aniquilamiento de la estatua de nieve.

Pero no hay que enseñar nada á los sabios del temple del bueno de Mr. Lindsey: todo lo saben, es indudable, lo que ha sido, es y será. Y si accadiese algun acontecimiento natural ó providencial contrario á su sistema, no lo creerian aunque se efectuase ante sus mismos ojos.

—Esposa, dijo Mr. Lindsey despues de un momento de silencio, ya veis que cantidad de nieve han traído estos niños en los zapatos, y que charcos han formado junto á la chimenea, id y decid á Dora que venga á limpiarlos.

El Huracan.

FANTASIA.

Tune venti, velut agmine facto,
Quá data portá ruunt et terras turbine perflaut.

(VIRGILIO).

Aliento poderoso de un Dios enfurecido,
Inspira tus furores al débil corazon,
Anima con tus ecos su lánguido latido
Y dame entre rugidos tu santa inspiracion.

Trasporta á nuevos mundos un alma que delira,
Trasportame en tus alas con raudos frenesí;
Azota con violencia las cuerdas de mi lira,
Y arráncame los sonos que me ha negado á mí.

Abrasa con tu fuego mi pecho torpe y yerto,
Dale tu vida al alma, tu voz á mi cantar,
Ya rápido levantes la arena del desierto,
Ya gimás en la selva, ya brames en el mar.

Que cante otro las flores, que cante otro las brisas.
Que vinen sus perfumes sedientas á beber,
Las vagas esperanzas, las púdicas sonrisas,
El cántico de un ángel ó el sí de una muger.

Que cante de los mares la mentirosa calma
O el curso del arroyo que resvalando va
El trovador que sienta sin inquietud el alma,
Y no le pida al mundo lo que el mundo no da.

Aquel en quien las flores de veinte primaveras
No han trocado en ceniza las llamas de un volcan,
Celebre sus placeres, su dicha, sus quimeras,
Su gloria, sus amores; yo canto al huracan.

Al huracan que pasa sobre el medroso campo
La muerte y el estrago sembrando en derredor,
De sus ardientes rayos al azufrado lampo,
De sus rodantes truenos al horrído fragor.

Al huracan que arranca del árbol destrozado
Sonidos que no puede mi cántico espresar,
Lamentos y suspiros del bosque alborotado,
Salvajes armonías del seno de la mar.

¡Oh! ¡si me fuera dado volar tras tu carrera
Cual infernal aborto del rayo y del turbión,
Y mientras exhala el mundo su queja lastimera
Cantando tus furiosos seguir la destrucción!

Si cabalgar pudiera sobre la nube densa
Devorando el espacio, de tu carroza en pos,
Y comprender la lengua tan rica, tan inmensa,
En que anuncias al hombre la cólera de Dios.

Esa lengua inefable, lengua de mil sonidos,
Que en sí sola reúne fantástica Babel,
En colosal estruendo revueltos, confundidos,
Los ecos del Eterno, los gritos de Luzbel.

Del ángel de la vida los tímidos suspiros,
Del genio de los vientos el cántico fatal,
Las risas estridentes de brujas y vampiros
Que corren tras sus huellas con júbilo infernal.

El rápido estallido de crepitante llama,
El lúgubre hervidero del seno de un volcan,
Las voces que el torrente magnífico derrama,
Y sobre todas ellas la voz del huracan.

Voz inmensa, terrible, tronante, mugidora;
Pavor de los sentidos, del alma admiración;
Voz que brama, maldice, canta, amenaza y llora,
Siendo a la vez bramido, cantar y maldición.

Voz que escuchan los hombres la faz sobre la tierra
Trocando en oraciones su torpe bacanal;
Que al cielo penetrando, los ángeles aterra,
Y halaga a los furiosos espíritus del mal.

Voz que baja del cielo, que brota del abismo,
Que estiendo sobre el mundo su timbre aterrador,
Sublime y misterioso como el silencio mismo,
Vaga cual la esperanza, triste como el dolor.

Ven, tendiendo tus alas de fuego y de vapores;
Acude a mis acentos, magnífico huracan;
Al alma pensamientos, al corazón horrores,
Palabras a la lengua tus iras me darán.

Ven, huracan; ostenta tu indómita fiera
De los celajes pardos tras el fatal pavés;
Un círculo de rayos corone tu cabeza,
Y las sedientas trombas se agiten a tus pies.

De vientos y tormentos henchido esté tu seno,
Y humildes te saluden lanzadas ante ti
Las nubes fugitivas con prolongado trueno,
Y con sus roncós gritos el condor y el neblí.

Ahuyenta los placeres, la dicha, los amores,
Recuerda a los mortales su triste porvenir,
Desgarra la corola de las nacientes flores;
¿Qué importa su hermosura? Su destino es morir.

¿Si mueren los imperios, y mueren las doctrinas,
Y mueren las creencias, los cultos y el amor;
Si mueren los palacios y mueren sus ruinas,
Merece nuestro llanto la muerte de una flor?

No: muera esa belleza que tanto nos recrea,
Que vaya como todos a donde todos van,
Que ceda a su destino, y que su muerte sea
Fatídico tributo pagado al huracan.

Y humílese a su lado cayendo de la altura
Del árbol centenario la rígida cerviz,
Los flancos destrozando de la montaña dura
Al sacudir al aire crugiendo su raíz.

Y el plácido arroyuelo conviértase en torrente,
Y atruene de los valles pacífico el confin,
Altivo aniquilando só su caudal rugiente
Del prado los verdores, las galas del jardín.

Y el mar en sus abismos agítase y batalla,
E inunde de las tierras bramando la estension,
Y nuestro viejo globo cual frágil vaso estalle,
De miserios reptiles mezquina habitación.

Huracan, yo te invoco; tu saña destructora
Rasgue de las esferas el celestial tisi;
Comueva los espacios tu voz aterradora;
La muerte reine solo por donde pasas tú.

Huracan, yo te imploro; yo anhelo tu dominio;
Preséntame esos cuadros de estrago y destrucción,
Sugíereme esos cantos de muerte y exterminio
Que Roma envuelta en llamas le sugirió a Nerón.

Y cuando exhausto sacie la sed del pecho mío,
Y acabe con el mundo tu colosal poder,
Y su última pavesa se pierda en el vacío,
Y a tu furor suceda la calma de no ser;

Muera también entonces el bardo que te canta;
Húndase como todos en ese inmenso mar,
Cuando me falte tierra donde poner la planta,
Y estragos y ruinas que ver y que cantar.

F. BELLO.

El reino de Dahomey.

RELACION DEL VIAJE DEL TENIENTE DE NAVIO AUGUSTO BONET EN-
VIADO CON UNA MISION CERCA DEL REY DE DAHOMEY, EN MAYO
DE 1851.

(Conclusion).

Otra vez Guezo quiso que presenciase el espectáculo de un simulacro, y de que modo se apoderaba de una plaza por asalto: al efecto, se vistió, y mandó que sus tropas vistiesen el traje de guerra, como cuando entraban en campaña. Aquel uniforme es muy cómodo y sencillo: una túnica de color azul oscuro o del de corteza de árbol, una gorra también oscura, un pantalón corto, la cartuchera, el sable y el fusil: la divisa de los grados, es una estrella mas o menos grande en el pecho. El rey y su hijo, solo se distinguen de los demas por muchas rayas negras transversales en la frente y las megillas: la compañía sagrada de las amazonas no le abandonaba nunca, y una servidumbre inmensa llevaba sus tiendas, su

agua (1), sus equipages etc. El rey hizo formar sus tropas en masa en la punta de la gran plaza del Mercado, se sentó su silla de guerra (2) en una gran tienda que habia mandado construir espresamente para aquella ceremonia, y que demostraba la habilidad de los carpinteros: hizo que el embajador se sentase a su lado, y comenzó el desfile. Sucesivamente fueron pasando todos los cuerpos del ejército, a cuya cabeza marchaban las amazonas, agitando sus banderas, sus armas, sus campanillas (3), disparando sus fusiles, y prurumpiendo en aclamaciones frenéticas. Puede calcularse el gran número de guerreros reunidos en Albomé (y eso que cada año solo se pone en campaña la mitad del ejército) por el tiempo que duró el desfile, que fué desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde. Continuamente partian mensajes de la tienda del rey, y llevaban sus órdenes a todas partes. Algunas compañías de amazonas y de guerreros iban cubiertos de una verba larga recién cortada: eran las compañías de exploradores o de descubierta. Cuando esas compañías se diseminan y ocultan por los campos es imposible descubrirlos: otros iban armados únicamente con sable y macanas: son las que forman la retaguardia, y están encargadas de rematar a los heridos enemigos, y cortarles las cabezas.

Muy pocas eran las compañías de amazonas armadas con arcos y flechas: el fusil ha reemplazado a esas antiguas armas. El rey deseaba que Mr. Bonet probase delante de él aquel mismo día, las dos piezas de montaña que le habia regalado de parte del presidente de la república, y sobre las que estaba grabada una inscripcion que hacia constar el donativo. Al efecto, y como no tenia que pronunciar mas que una palabra, fuera de la capital se habian construido dos grandes aldeas cercadas con empalizadas: una para los ensayos de la artillería, y otra para que las tropas la tomasen por asalto. En la última habian encerrado una porción de mugeres y esclavos que debian figurar los enemigos, y que desde detrás de las empalizadas prurumpian sin cesar en gritos de amenaza y de desafío. Cuando concluyó el desfile, Guezo hizo formar sus tropas en línea de batalla, y era verdaderamente sorprendente la prontitud con que quedaban ejecutadas las órdenes, y la especie de táctica que presidia a los movimientos. En la inmensa llanura en que se hallaba el ejército y podia desplegarse, se veian primero los tiradores, luego el grueso del ejército con dos alas en forma de media luna: a derecha e izquierda numerosas descubiertas flanqueaban las alas, y por último, seguia la retaguardia y un numeroso cuerpo de reserva. El rey se habia colocado en el centro, rodeado de las cinco o seis mil amazonas que componian su guardia, que hacia avanzar o reforzar las alas, segun las circunstancias. Antes de comenar el movimiento, invitó al enviado francés a que rompiese el fuego de cañon contra sus tropas (por supuesto con pólvora sola), en el momento en que avanzasen. Ignorando aquel lo que queria hacer, accedió a su deseo, é inmediatamente mandó que jugasen las piezas, que fueron perfectamente servidas por los jóvenes del Salam franceses instruidos en Whyda. Guezo mandó entonces que su ejército avanzase contra ellos, y fueron arrollados por las tropas, que dirigian sobre la artillería un fuego de fusilería muy nutrido. Aquella especie de torbellino, con las amazonas a la cabeza, llegaron hasta a los artilleros, que durante algunos momentos no pudieron ejecutar ninguna maniobra. Amoslazado Mr. Bonet por el papel que le habia hecho representar el rey, le dijo por medio del intérprete, que si habia creído probar algo haciendo que el ejército apagase los fuegos de la artillería y la arrollase, se engañaba mucho, porque si hubiera hecho uso de la metralla, las amazonas habrian quedado destruidas al alcance de diez tiros de fusil, y no les hubiera sido posible llegar hasta las piezas.

S. M. pareció complacerse mucho con aquel arranque de mal humor, y le contestó que efectivamente tenia razon, pero que concluido el asalto podria demostrarle cual era el alcance y el efecto de los cañones sobre la aldea que habia mandado construir espresamente, pero que hasta tanto, estaba maravillado de la prontitud del tiro de las piezas, pues se podian hacer dos o tres disparos mientras uno de fusil (4). El ejército pasó como una manga marina, y Guezo mandó entonces avanzar para dar principio al ataque contra las empalizadas de la aldea, detrás de las cuales se oian los gritos y alaridos de los sitiados. A las amazonas estaba tan solo reservado el honor de dar el asalto. Guezo se habia colocado a cierta distancia de las dos primeras empalizadas, construidas de modo que podian atravesarse fácilmente, y desde allí dirigia todos los movimientos. Dada la primera señal, la compañía de amazonas que iba cubierta de yerba, se tendió en la llanura, y avanzó arrastrando hasta la primera empalizada, tirando echada, y contestando al nutrido fuego de los sitiados. A una señal del rey, se levantó de repente, y se precipitó a la carrera y dando alaridos sobre la primera empalizada, de que se apoderó y desalojó al enemigo. Pero ese episodio de la fiesta no se verificó sin algunos incidentes burlescos: todos los movimientos no eran ligeros, como los de *Atalanta*: algunas de ellas jóvenes de veinte y seis a veinte y ocho años, habian perdido ya su talle de sílfide, y adquirido en compensación una corpulencia bastante voluminosa. Asi fué, que cuando quisieron cruzar la empalizada de un solo salto, el vigor de su empuje no guardó el equilibrio con el resto del cuerpo, y cayeron a uno y otro lado en posturas poco guerreras. Imposible les fué, a los franceses el contener la risa al ver todas aquellas caídas, y Guezo tambien se sonreia, aunque solo por cortesía. Los cortesanos y favoritos que le ro-

deaban guardaban un silencio feroz, aunque interiormente tuviesen tambien deseos de reir, pero quizá peligraba su cabeza si hacian alguna demostracion poco reverente a las amazonas de S. M. Despues de muchos ataques del mismo género dados por aquellas señoras en diferentes puntos de la aldea, ataques que eran ejecutados, ya sucesiva, ya simultáneamente, segun las señas que las hacian desde el cuartel real, las amazonas penetraron en la poblacion y la prendieron fuego. Entonces volvieron llevando atados y cargados con el botín, a los pobres diablitos que habian representado el papel de enemigos, y llevando en las bocas de sus fusiles, cabezas de madera groseramente trabajadas. Mr. Bonet felicitó sinceramente a Guezo porque todo habia sido ejecutado con bastante exactitud y vigor, y sus órdenes fueron comunicadas con pasmosa celeridad por mensajeros que continuamente partian de su tienda; pero como no habia olvidado el ataque poco caballeresco de sus cañones, le suplicó que le permitiese hacerle ver lo que era la artillería europea. Primero fué a practicar el reconocimiento de la segunda aldea: era muy grande, pues tenia mas de quinientas barracas con empalizadas muy altas, pero unas y otras no eran mas que de estacas y paja; por manera, que colocando las piezas muy inmediatas, los proyectiles debian atravesar tan débiles obstáculos, é ir a parar mucho mas allá. Hizo en seguida a Guezo la observacion de que él no le habia pedido una aldea, sino dos o tres casas con paredes tan sólidas como las de la ciudad.

S. M. contestó que la aldea estaba tan distante del sitio en que se hallaban, que casi se perdía de vista, y que apenas se divisaba la punta de las empalizadas. Como no era fácil hacerle una explicacion del alcance y la fuerza de las diferentes piezas de artillería, porque no la comprenderia, el embajador se preparó a darle pruebas.

Los que mandaban las dos piezas tenian muy buena punteria. Cuando las bombas partieron silbando, el rey y cuantas personas le rodeaban estuvieron con mucha atencion; desgraciadamente los proyectiles no estallaron aquella vez, y no se pudo distinguir ninguna señal de su paso. Guezo sostenia que se habian quedado a mitad de camino de la aldea, pero Mr. Bonet estaba bien seguro de lo contrario, y le pidió permiso para hacer otros dos disparos. Convencido de que el no verificarse antes la explosion de los proyectiles habia consistido en que se rompió la espoleta, mandó cargar de distinto modo, y las dos bombas estallaron a un mismo tiempo a una distancia considerable, mucho mas allá de la aldea. Casi al punto se vió elevarse en la llanura un denso humo, y luego un incendio.

He aqui lo que ocurrió:

Como la superficie de aquella vasta llanura era plana y un poco en declive por el lado sobre el que se dirigia el fuego, una de las bombas fué a parar a un grupo muy distante de dos o tres casucas de tierra, reventó allí haciendo un destroz espantoso, y las incendió.

Afortunadamente, el rey habia dado orden a los que habian hacia aquella parte para que se retirasen a la ciudad.

Aquella vez Guezo ya no se reia, quiso ver con sus propios ojos lo que habia pasado, y todos emprendieron la marcha hacia la aldea.

Tanto las primeras bombas como las segundas habian pasado por entre las casas de la aldea, y todo lo habian trastornado: unas quedaron completamente destruidas: estacas muy gruesas que los proyectiles encontraron al paso, fueron reducidas a astillas, y una parte de la empalizada habia desaparecido. Pero si Guezo contempló con asombro aquellos efectos, prodigiosos para él, subió de punto su admiracion cuando vió los destrozos producidos en la casa en que habia caído la bomba. El rey, los ministros, las amazonas, los guerreros y sus gefes, iban y volvia, corrian y lo examinaban todo, como hormigas que construyen sus viviendas. No se oian por todas partes mas que exclamaciones y un rumor sordo y confuso de sorpresa y asombro.

El rey dió orden para que se buscasen las bombas que no habian estallado: centenares de hombres comenzaron inmediatamente a seguir el rastro de los proyectiles con una rara sagacidad, y por fin los encontraron a una distancia considerable. Es necesario haber estado en un pais como el Dahomey, en que una sola palabra del monarca pone en movimiento mil hombres, para creer lo que despues se hizo.

Una multitud de guerreros partieron corriendo a Abomé, de donde poco despues volvieron cargados con cuerdas, y tuvieron la paciencia de medir con ellas la distancia que habian recorrido las bombas, desde las puertas de la ciudad hasta el sitio en donde las encontraron. Entonces pudo S. M. convencerse de la verdad, porque las bombas habian ido a parar lo mas lejos que era posible, atendido el calibre de las piezas.

Cuando volvió a las puertas de la ciudad, se detuvo delante de los morteros y los examinó durante algun tiempo, como procurando explicarse por qué misterio unos cilindros tan pequeños de cobre podian producir efectos tan desastrosos.

En seguida dijo a Mr. Bonet que tenia noticia de que los de *Bequonta*, que eran sus enemigos, habian recibido últimamente de los misioneros ingleses diez piezas de artillería de la misma especie, y que sabia que todos los dias se ejercitaban en manejarlos los de *Bequonta*; que hasta aquel instante lo habia mirado con indiferencia, porque no sabia el daño que podian producir semejantes cañones; pero que acababa de verlo y de convencerse de lo que le habia asegurado por la mañana, y que con solo dos piezas como aquellas podia hacerse una carnicería espantosa en sus guerreros, antes que pudieran hacer uso de sus fusiles. Que en su consecuencia le suplicaba pusiese en conocimiento de su amigo el rey de Francia que desearia le enviase otros diez cañones como aquellos para completar una docena, y algunos gefes de guerra (oficiales), para instruir a sus guerreros, como los ingleses instruian a sus enemigos.

Añadió ademas, que dos armas tan preciosas para la guerra no podian confiarse sino a manos seguras, y que por consiguiente iba a crear una compañía de amazonas *artilleras*, encargadas esclusivamente de su servicio, y a las cuales podian dar algunas lecciones los soldados del salam de Whyda, que ya estaban instruidos. Guezo lo hizo como lo habia dicho, y si algunos oficiales franceses aceptan las proposiciones del rey de Dahomey, los artilleros que habrán de dirigir pertenecerán a la mas hermosa mitad del género humano. El embajador prometió al rey trasmitir a Francia su nueva peticion,



Explorador de la guardia particular del rey.

como asimismo otras todavía mas extraordinarias, de que le hizo tomar nota (1).

Algun tiempo antes de salir de Abomé, en donde permanecía ya hacia mas de dos meses, Mr. Bonet oyó hablar á uno de los individuos de su comitiva de un sitio llamado *Oouenou*, desde donde se descubría una inmensa estension de pais. Mandó previniesen al ministro Mehon que deseaba trasladarse allí, y despues de vencidas algunas dificultades que le suscitó aquel viejo suspicaz, se puso en marcha. Es muy raro, efectivamente, el encontrar un punto de vista de tanta estension como el que se le presentó al llegar á la altura de *Oouenou*: el pais habia mudado enteramente de aspecto, su fertilidad se habia convertido en aridez, y estaba entrecortado por valles y colinas ferruginosas. A sus pies se estendia una vasta llanura cubierta de matorrales, en medio de la cual se descubrían algunas habitaciones pertenecientes al rey ó á sus ministros; en una de las primeras habia muerto hacia dos años, segun decían, el hermano del rey actual, á quien habia

(1) Por ejemplo, la de que dijese á su amigo el rey de Francia que tendria suma complacencia en que como él, se rodease de una guardia de Amazonas, para que no se dijese que solo en el Dahomey se veía á las mugeres ir á la guerra; que en su consecuencia ponía á su disposición quinientas de sus mas intrepidas Amazonas, que podria reclamar para formar en Francia el cuadro de su guardia.



Música del cuerpo de las Amazonas.

reemplazado en 1817; á unas veinte y cinco ó treinta leguas de allí, se estendia hacia el Noroeste una hermosa cadena de montañas que se perdía en el horizonte. ¡Cuántas reflexiones le asaltaron al contemplar las lejanas vistas de aquella misteriosa Africa, de la que habia explorado algunas partes desconocidas!... ¡Cuánto anhelaba trepar por aquellas altas montañas, y ver lo que habia al otro lado!... Desgraciadamente los límites señalados á su mision no le permitian una escursión tan lejana, si no, hubiera obtenido del rey Guezo, de quien dependen aquellos paises, los medios de visitarlos utilmente. Acercábase la noche, y el sol descendía con lentitud para desaparecer en medio de aquellos desiertos desconocidos: comenzaban á oirse los aullidos del chacal y de la hiena, porque aquellos animales inmundos saben que por la noche encontrarán su pasto de cadáveres en los fosos de la ciudad. El jefe de la escolta, que respondía al rey de la seguridad de la persona del embajador, le dijo con inquietud que ya era tiempo de regresar á Abomé, y con harto sentimiento suyo tuvo que abandonar aquel punto de vista, que acababa de abrir tan vasto campo á sus reflexiones.

La audiencia de despedida tuvo lugar con mayor solemnidad que la de llegada: el rey le recibió en el patio de uno de sus palacios en donde todavia no habia penetrado, y en el cual se veían muchos sepulcros de su familia: la afluencia de Amazonas y de guerreros era inmensa, y hubo que cerrar desde muy temprano las puertas de entrada. Omitiré los pormenores de aquella ceremonia, parecida poco mas ó menos á las anteriores, tanto por la magnificencia de los trages, como por las liberalidades del monarca. Hubo no obstante la diferencia, de que el jefe superior de las Amazonas, le tuvo dos horas sufriendo un sol abrasador, para oír un discurso, en que le repitió muchísimas veces, que creía ver en él al *rey de Francia*, (lo cual no podia ser mas lisongero), y que le encargaba, en nombre de toda la nacion dahomeyense, le manifestase su reconocimiento por los testimonios de amistad, y los ricos regalos que habia dispensado y remitido á su muy amado rey Guezo: que las dos naciones francesa y dahomeyense, estaban unidas, ya hacia algunos siglos, como los dedos de la mano, y que la mision que le habian confiado era la prenda mas segura de que quedaban anudadas las interrumpidas relaciones.

Ademas, Guezo quiso que aceptase absolutamente, para él y su comitiva, uno de los grandes montones de *cauris*, y botijos ó vasijas que habia colocados en la plaza. Entonces tuvo lugar un episodio burlesco. Habia observado que siempre que un ministro ó jefe recibia algun regalo, era preciso que bailase delante del rey, antes de llevarsele, al compás de una de aquellas abominables músicas de tamtan, campanillas y silbatos. Cuando los de la comitiva del embajador se disponían á llevarse el suyo, Mehon se acercó á él, y le dijo que el rey tendria mucho gusto, en que á su vez, ejecutase uno de los bailes de su pais. Si hubiese tenido á mano algun elegante de Chateau-Rouge ó del Prado, hubiera podido darle una idea de las sublimidades de la polka, pero por el momento tuvo que limitarse á hacer que bailase en su lugar el primer intérprete. La despedida de Guezo fué muy cordial y sentimental: le hizo prometer veinte veces que volvería, y que era absolutamente preciso que así lo pidiese de su parte á su amigo el *rey de Francia*. Le prometió todo cuanto quiso, é hizo sus preparativos de marcha. Al dia siguiente, unos cuarenta criados, conducidos por el yavogan y Mehon, se presentaron con los regalos del rey, que consistían en una especie de paños, cestas de *cauris*, telas escelentes y otros objetos fabricados en el pais, con algunos esclavos jóvenes, que aceptó con gusto, porque era el medio de librarlos de una muerte cierta.

Ademas le entregaron tres bastones de mando con el puño de plata, favor que le aseguraron no tenia ejemplo. Uno de ellos era enteramente igual al que llevaba el jefe del cuerpo de las Amazonas; otro, al que usaba su hijo primogénito, heredero presuntivo de la corona (1); y en fin, el tercero, semejante al del general en jefe del ejército.

Salió de Abomé por entre un inmenso pueblo, se despidió del yavogan y de Mehon, y se puso en marcha con direccion á Cana.

Antes de dejar á Abomé, es necesario no olvidar tres cosas que son allí verdaderamente notables: sus mercados, que están mejor surtidos que los de Whyda, y cuya policia es mucho mas esmerada: sus buitres, aves de rapiña, que se encuentran allí en gran número; llegan casi á domesticarse, comparten como hermanos, con los chakales y hienas los horrorosos y sangrientos restos de los sacrificios humanos que se celebran diariamente, y que son muy útiles para limpiar el pais de ratones, culebras, etc., solo que acontece con frecuencia, que no respetan á las serpientes sagradas mas que á las otras: y por último, los grandes murciélagos, que durante el dia penden como racimos de todos los árboles de la ciudad, y que al anohecer oscurecen el cielo. Aquellos murciélagos son enormes: los hay del tamaño de nuestros cuervos, y su cabeza es exactamente como la de un galgo, tiene formas muy finas. En el patio de la casa que habitaba Mr. Bonet, habia, como ya se ha dicho, dos magníficos naranjos tan grandes como nuestros olmos de Europa, y estaban cargados de fruta, que no dejaban madurar aquellas nubes de murciélagos. Tampoco se debe olvidar hablar del *mingant* ó ministro de la Justicia: en un pais como el Dahomey, en donde con una palabra del rey desaparece un hombre sin que se sepa nada de su paradero, los juicios son breves y sumarisimos, y por lo mismo temibles. Mr. Bonet tenia que meditar mucho sus respuestas, cuando el rey, en sus audiencias particulares é intimas, le interrogaba con sereno semblante acerca de las escursiones por sus estados, lo que en ellos habia observado, etc. La menor queja que hubiera dado contra cualquiera de sus súbditos, ó de los que habia destinado á que le acompañasen, habria sido indudablemente una sentencia de muerte para aquellos infelices.

Mingant (2) es el primer dignatario del reino, y ocupa un

(1) Se llamaba *Badoum*, y aunque tenia físicamente mucha semejanza con su padre, estaba al parecer muy distante de poseer su sutileza, su inteligencia, y sobre todo sus cualidades guerreras, que en el Dahomey son las primeras de todas. Aunque Guezo le confiaba en sus expediciones el mando de un cuerpo de ejército, no le iniciaba de modo alguno en los negocios públicos, y jamás asistía á ningun consejo.
(2) He omitido decir que esa palabra no era un nombre, sino un título como el de *Mehon*, *yavogan* y *beaupé* ó jefe del Salam francés, nombrado por el rey. Estos nombres pasan despues de su muerte á sus sucesores, con las ricas insignias de su grado.



Gran cabecero en traje de parada.

lugar preferente al de Mehon: suele ejecutar por sí mismo á los prisioneros condenados, y aun se asegura que tiene en ello un placer feroz. En estas ejecuciones, sobre todo, en las que se hacen de noche, pasan cosas espantosas. Cuando deben tener lugar semejantes carnicerías por la noche, los sacerdotes, precedidos de tamtanes y de campanillas, comienzan, un poco antes de ponerse el sol, á dar vuelta al palacio, cuyo recinto es mucho mas vasto que el de los de Cana (1). Al oír aquel ruido bien conocido, los habitantes huyen con terror á sus casas, porque aquella noche está prohibido á todo habitante, bajo pena de muerte, el salir de su casa. Bien pronto se oyen gritos y lamentos en medio del silencio de la noche: son los desgraciados prisioneros á quienes se pasea con antorchas al derredor del palacio, haciéndoles sufrir toda clase de tormentos antes de darles la muerte. Mr. Bonet, al oír algunas veces aquellos gritos lejanos y fúnebres, quiso salir de su casa para ser testigo oculto de aquellos ter-

(1) Por orgullosa ostentacion, ó para dar á su pueblo una idea de su poder y de sus riquezas, Guezo ha mandado construir en aquel recinto una gran casa de mas de ciento veinte y cinco pies de elevacion, cuyas paredes estan cubiertas de arriba abajo, de millares de sarts de *cauris*.



Cabeceros en jefe de las Amazonas

ribles misterios, pero tuvo que renunciar á su proyecto. En efecto, no hubiera sido él, quien habria pagado con su vida la criminal infracción de las leyes del reino, sino los gefes colocados junto á su persona para que le acompañasen, protegiesen y advirtiesen los usos del pais. Algun tiempo antes de que comience á rayar el alba cesan los gritos, y es señal de que todo está consumado; al día siguiente aparecen nuevas cabezas clavadas sobre unas estacas en las plazas ó en las paredes. Entonces se disipa aquella atmósfera de terror que parecia cubrir á Abomé; cada uno respira, y los habitantes comienzan á salir, pero no sin inquietud todavía, y van á examinar en silencio, en el camino que circuye el palacio, los largos rastros de sangre aun humeante, que marca cada parada hecha por las víctimas y sus verdugos. Según aseguraron á Mr. Bonet el odio contra los prisioneros enemigos era tal en aquellas ejecuciones, que los guerreros y las Amazonas solicitaban el favor de derribarlos, y después de herirlos, se las habia visto beber su sangre, con una especie de embriaguez feroz. Pero esto no sucede mas que con los prisioneros de guerra de las dos naciones que son sus adversarios antiguos los *pagost* y los *maquis*. El embajador fue á visitar en su casa al Mingant, y no pudo menos de reirse al ver el terror de cuantos le acompañaban, cuando entraron en aquella espaciosa y terrible casa. Eso se comprende muy bien, pues que el mismo Mehon no entra en ella sino cuando no puede prescindir de hacerlo, porque el endemoniado viejo, á quien sin duda remuerde algo la conciencia,



Mugeres de Dahomey.

Quizá no desagradarán á nuestros lectores algunas noticias acerca de la dinastía dahomeyense compuesta de ocho reyes, comprendiendo en ellos á Guezo, y los diversos emblemas que este último ha mandado colocar sobre sus sepulcros: la nomenclatura es curiosa.

El primero de todos es *Dacodonou*. Era un reyezuelo de un pueblecillo llamado *Oone*, poco distante de Cana: parece que éste no tenía todavía prisioneros que degollar, porque no hay ningún túmulo enfrente de la casaca que contiene sus restos. Su emblema es de plata maciza como todas las demas y representa un árbol con siete ramas, del cual penden colmenas y nidos de aves.

Aro su hijo, fué el primer conquistador y el verdadero fundador de la dinastía dahomeyense. Delante de la puerta de su sepulcro, se ven sombreros, armas y trajes pertenecientes á los reyes del interior, cuyos estados habia conquistado. Aquellos objetos son de formas y materias tan estrañas que indudablemente deben provenir del tiempo de los babilonios. El emblema de este rey guerrero es una ave de rapiña, con otra mas pequeña en las garras.

El emblema de *Acaba* su hijo, es bastante singular y nunca le han sabido explicar. Es un animal trepando á un árbol, y junto á él, unos cuchillos ó navajas abiertas.

Caylodossou, hijo de *Acaba*, fué el conquistador de Whyda y de toda la parte del Dahomey confinante con el mar: tiene por emblema un navio.

Tebessou, su hijo, tiene por emblema un hombre subiendo á un



Natural de Dahomey.

cia, no está muy seguro de salir con el pellejo intacto. La casa del Mingant es muy espaciosa y está llena de calabozos y subterráneos misteriosos, de que se oían con terror salir profundos y lastimeros quejidos. Mingant es poco mas ó menos de la edad del rey: su estatura es elevada, su constitución robusta, y su semblante bastante agradable; al verle, nadie sospecharia que era un hombre feroz, que hacia treinta años se complacía en bañarse en sangre humana. Estaba atacado de una especie de lepra, que casi le tenia desollada la mano derecha, lo cual podia considerarse como un castigo del cielo. Jamás le condujeron sus hamaqueros con tanta celeridad, como cuando salieron de aquella casa para llevarlo á la suya.

Consiguió permiso del rey Guezo, aunque no sin dificultad, para visitar al pasar por Cana su palacio (1) y los sepulcros que contiene: pudo pues penetrar con todo su séquito en el recinto sagrado. En el patio de los sepulcros se habia situado una compañía de Amazonas de toda gala: los sepulcros no eran más que una hilera de chozas bastante bajas,

(1) Ese palacio es el mas moderno: ha sido construido por Guezo, los demas están medio arruinados.

y a la entrada de cada una de ellas habia una amazona veterana ó retirada.

El techo de la choza estaba cubierto de una rica y tupida tela de seda: ondeaba en ella un pabellon encarnado, y en la alto se ven grandes figuras alegóricas, de plata maciza, que no tienen menos de cinco pies de altura.

A cada lado de las puertas de entrada, sobresalían dos especies de túmulos de color rojo, adornados con cráneos, tibias y mandíbulas de los desgraciados que deguellan allí todos los años.

En lo interior de aquellas especies de cabañas se hallan los sepulcros, casi todos hechos en Europa, y que según dicen, son muy hermosos. Es imposible obtener licencia para penetrar en ellos, y cuando Mr. Bonet, manifestó su intencion de examinarlos, las Amazonas, las inválidas y aun las mismas personas de su servidumbre, prorrumpieron en una sola y formidable exclamación: todos levantaron los brazos al cielo por un movimiento simultáneo como para tomarle por testigo de una idea tan sacrilega. En este pais, decia para sí Mr. Bonet, todo es misterio y terror.



El hijo del rey Guezo.



Habitante de Dahomey en tiempo de lluvia.

árbol, de cuyas ramas penden cabezas de buey: sin duda era un rey agricultor.

Su hijo, *Peagla*, que le sucedió, fué, según parece, de costumbres menos pacíficas, porque el emblema que adorna su tumba es un ave de rapiña muy grande.

En fin, *Agonglo*, padre del rey actual, fué el que probablemente introdujo la moda de colgar de unos postes en las plazas públicas á los prisioneros degollados, pues que su emblema es un hombre colgado de los pies, y sobre el cual se cierne un enorme buytre.

Ademas de estos sepulcros, se ve uno á alguna distancia mas grande que los otros, en el cual ha hecho Guezo amontonar sin ceremonia los huesos de las reinas madres.

Después de examinarlo bien todo, de tomar apuntes, sacar algunos dibujos, y de hacer los regalos de costumbre á la compañía de Amazonas, y á las veteranas encargadas de la custodia del panteon, Mr. Bonet se dispuso á seguir su camino; pero contaba sin la huésped.

Dijéronle que no podia partir sin haber bebido á la sa-

lud de cada rey: aceptó con gusto aquel brindis póstumo, pero hizo la observación de que era ya tarde, y que deseaba llegar a buena hora a Grimé, para prepararse a pasar las lagunas al día siguiente.

Entonces pusieron delante de él una gran mesa, y la amazona encargada de la guardia del rey mas antiguo, hizo poner en ella tres botellas de vino, otras tres con licores, y tres calabazas llenas de pasta hecha con miel, y de una especie de empanadas de maíz y habas del país. Advirtieronle que no podía escusarse de beber de cada una de las botellas, ni de comer de lo que contenían las calabazas; operación que debía repetir por cada rey. Entonces se levantó para marcharse, pero le detuvieron diciéndole, que aquello sería hacer una grave injuria a Guezo en la persona de sus difuntos.

Como le hubiera sido muy sensible el causar el menor disgusto a aquel monarca, se resignó. Tuvo, pues, que probar cuarenta y dos especies de vinos ó licores, la mayor parte de un sabor detestable, comió siete pasteles de maíz, otros tantos de miel, y tragó siete cucharadas de habas, malisimamente condimentadas con pimienta y aceite de palma. Se ahogaba, y durante un momento miró aquella ceremonia como una anagaza de Guezo, que sin duda quería sacrificar un blanco a los manes de sus ilustres abuelos, y había ideado aquel nuevo método de enviar al otro mundo sin efusión de sangre.

Pero no tuvo novedad, merced a copiosas libaciones de agua fresca. Desgraciadamente no sucedió así a sus llamados, y demas de su comitiva: como la mayor parte de ellos no habían sido sobrios, llagaron a Grimé haciendo eses y doblando por consiguiente el camino.

Mr. Bonet regresó a Whyda sin tropiezo, y despues de permanecer cortó tiempo en la población, se embarcó en el vapor del Estado, *El Espadon*, que debía conducirle a la factoría francesa de Gabon.

La huérfana del Pirineo (1).

(Continuación.)

CAPITULO XXIV.

EN QUE SE CUENTA LO QUE CONTENIAN LAS CARTAS, Y SE DA FIN A LA PRIMERA PARTE DE ESTA VERIDICA HISTORIA.

Hay momentos en que la imaginación divaga sin fijarse en ningún objeto, no porque se carezca de alguno que llame con preferencia la atención, sino precisamente por todo lo contrario.

Sucesos recientes, ó recuerdos de un pasado, de distinta ó contraria índole unos y otros, se presentan en confuso montón mezclándose de tal modo los que pudieran causar placer, con los que de seguro mortifican y apesadumbran, que es imposible fijar de una manera precisa la naturaleza de la sensación que se experimenta.

Este es indudablemente el estado mas angustioso de la existencia humana, porque sin ser una atonía completa, se da mucho la mano con ella.

Establece una lucha extraña entre la imaginación combatida por opuestas imágenes en continua y desreglada acción, y las demás facultades del alma que están inactivas, inertes, muertas, por decirlo así.

En aquella está exclusivamente concentrada toda la vida del individuo; y como no es bastante ella sola a soportar tan enorme carga, quiere sacudirla y compartir su peso con las demás.

¡Vano esfuerzo!

La actividad de las otras está absorbida por la imaginación, y no responden a su llamamiento.

A este estado se ha dado en llamar *preocupación*; yo creo que mejor pudiera llamarse *calentura de la imaginación*.

Escusado nos parece, añadir, que la vida material es en este caso una vida *materialmente mecánica*.

No se padece hambre ni sed, y sin embargo, se padecen ambas cosas a la vez.

Se anda todo un día sin sentirse fatigado, y sin embargo, la relajación muscular, fruto del cansancio, la notan todos.

El sueño sienta sus plantas, pesadas como el plomo, sobre los párpados, y sin embargo no se duerme.

Hay necesidad apremiante de todo, y sin embargo, no se desea nada.

¡Situación singular durante la cual se come, y el alimento no nutre; se bebe, y la bebida no mitiga la sed!!!

Semejase entonces el hombre a una máquina perfecta y complicada, pero cuyo principal motor ha sufrido un desastre.

La máquina está en movimiento, mas es desordenado y sin concierto.

En este estado se encontraba madama de Bréssens.

Por un lado tenía la certeza del amor de Félix; por otro, no se separaba de su mente la imagen del idiota dormido.

Lo primero regocijaba su alma y esparcía en todo su ser cierto bienestar, precursor seguro de una felicidad próxima.

Lo segundo acibaraba sus cortos momentos de dicha, como un remordimiento incesante.

Traía a su memoria sucesos que ya pasaron: días de ventura, días de duelo, que se siguieron tan de cerca, que casi corrieron mezclados.

Días de amor correspondido, de orgullo satisfecho, de deseos cumplidos!....

Días de traiciones y de crímenes que finaron entre los alaridos del terror, los aullidos de la orgía: entre el adulterio, el asesinato y el fulgor incierto del incendio.

Todo esto se agolpaba a la imaginación de Carolina.

Y hé aquí explicada la causa de su continuo desasosiego, de su insomnio, de su preocupación tan intensa y absoluta, que llamaba la atención de todos los individuos que componían su servidumbre.

Gente sencilla y buena, que no comprendía la profunda melancolía, el silencio obstinado, el completo aislamiento en

que vivía su ama durante los siete días que se siguieron a su visita al despeñadero de Arlecu.

Gente sencilla y buena que no comprendía el padecimiento en una mujer rica, hermosa, y joven aun.

Así es que se preguntaban los unos a los otros cuál podría ser la causa de la extraña conducta de madama, y despues de divagar mas ó menos, concluían por quedar tan a oscuras como antes, conviniendo, sin embargo, en que, Pedro el pastor el que la había acompañado en la última escursión matinal, era el único que estaría en el secreto.

Los que creían poseer su confianza, se acercaban a él para sonsacarle alguna cosa, pero el pastor se había hecho intratable a ejemplo de su ama.

Iba a menudo a la iglesia, en donde pasada muchas horas en oración, por la mañana temprano subía al cuarto de Carolina a tomar órdenes, y al anocheecer él era quien encendía las luces del aposento y llevaba la comida.

—Su ascenso a mayordomo le ha vuelto orgulloso, decían los demás criados al notar el sumo cuidado con que el pastor eludía las preguntas indiscretas de sus compañeros.

En el interin, madama no variaba de conducta, ni sus sirvientes adelantaban gran cosa en sus cálculos.

—Esto no puede seguir así, señora, dijo un día Pedro, viniendo que Carolina apenas había comido y que el lecho permanecía intacto: esto no puede seguir así: vos padeceis, señora, y yo padezco al veros sufrir de esa manera.

—Pedro, contestó madama de Bréssens, lo que al presente sufro no es nada si lo comparo con lo que llevo sufrido: no te aflijas, mi fiel amigo: quizá muy en breve cesará mi padecer.

—Dios lo quiera, señora, porque os juro que tanto vos como yo bien lo habemos menester. Pero dudo mucho que esa esperanza que manifestais...

—Sea fundada, ¿no es cierto? interrumpió Carolina. Sin embargo, creo que lo es, y mucho.

Pedro meneó la cabeza dando a entender que no era de la opinión de madama de Bréssens.

—Siendo eso así, ¿por qué os privais del alimento y apenas dormís?

—Algo hay que me lo impide; pero no trates de averiguarlo.

—¿Y si lo hubiese adivinado?

—¿Tú? exclamó Carolina mirando fijamente al pastor.

—Quien sabe...

—Háblame con franqueza y claridad, dime cuanto sepas, porque hasta la cosa mas insignificante para otros, puede ser interesantísima para mí.

—Está bien, señora: voy a ser franco con vos.

—Habla, amigo mío.

—Antes es preciso que me perdoneis una falta que he cometido.

—¿Una falta?

—Sí, señora, y muy grave a mi entender.

—No te comprendo, Pedro, explicate con claridad.

—Señora, dijo el pastor bajando la vista: os he espiado.

—¡Oh! exclamó Carolina frunciendo su ceño.

—Os he espiado, no por curiosidad, sino por evitar una desgracia. Desde el malvado día en que me obligasteis a acompañaros al despeñadero de Arlecu, he observado el cambio que se ha verificado en vuestro género de vida: y lo peor es, que todos los de la casa lo han notado como yo; lo cual da motivo a preguntas indiscretas, a comentarios y murmuraciones.

—¿Es posible? preguntó Carolina con extrañeza y como si hablara consigo misma: ¿he llegado al extremo de olvidar hasta tal punto mi reserva y mi prudencia?

—Podeis creerme, señora, prosiguió el pastor; de mi boca no ha salido una palabra que pueda haber dado margen a la menor sospecha. Como iba diciendo, os espiaba, y veía con sentimiento que vuestra preocupación iba en aumento de día en día. Os he visto pasar horas enteras sentada en ese mismo sillón, apoyada la cabeza en la mano, triste el semblante, llorosos a veces los ojos: os he visto levantaros de pronto y correr a arrodillaros en el reclinitorio.

—Todo eso será cierto, puesto que lo he visto; pero no es nuevo en mí. Si me hubierais servido tan de cerca como ahora, lo habríais podido notar hace mucho tiempo.

—¿Y el no comer?

—Poco me basta para sustentarme.

—¿Y el no dormir? insistió el honrado pastor.

—Cuatro horas de sueño me son suficientes.

—No dicen eso los demás criados. Dicen por el contrario que os mostrabais afable con todos, al paso que ahora apenas dirigís a nadie la palabra: dicen que vuestras comidas eran regulares, al paso que ahora no tocáis los alimentos: dicen que vuestro sueño era profundo, tranquilo y prolongado, al paso que ahora apenas reposais en vuestro lecho.

—¿Eso dicen? preguntó Carolina.

—Sí, señora: y añaden que todo ello data desde el día de nuestro último viaje, ó paseo, como queráis llamarlo. Y a decir verdad, a mí tambien me sucede algo de eso.

—¿A tí?

—A mí; si señora: ¡oh! En mal hora os acompañé. Desde aquella mañana tengo ensueños terribles: no puedo apartar de mi imaginación aquel rostro horrible que lanzaba tan lúgubres aullidos...

—Calla, Pedro, calla: dijo Carolina palideciendo. Sabete que muchas veces he dudado de la verdad de aquella aparición.

—¡Oh! pues no lo dudeis, señora: aun cuando viva mil años me acordaré de ella.

—Pero no has dicho a nadie...

—Os lo he prometido y lo cumpliré: de mi boca no saldrá jamás una palabra que tenga relación con aquel suceso diabólico, que vuelvo a repetirlo, no lo olvidaré jamás.

—Pues es preciso, amigo mío, procurar olvidarlo: yo al menos creo que lo conseguiré; y para empezar, añadió Carolina con cierta jovialidad fingida, acércame ese plato de leche, y hablemos de otra cosa.

¿Se ha sabido algo de Félix?

—No señora, contestó Pedro absorto al oír aquella pregunta, y al notar la sonrisa de madama.

—Su ausencia me da cuidado. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia?

—Nada se ha dicho en el país. Lo que si aseguran es, que Miguelon lo encontró acompañado de Gaspar cerca del des-

peñadero, y que ambos se dirigían hacia este pueblo.

—Yo no los he visto.

—Ni ninguno de estos alrededores tampoco.

—¿Y qué se dice de la desaparición de Inés?

—Corren voces muy extrañas acerca de esa joven.

—¿De veras? preguntó Carolina saboreando una cucharada de leche.

—Lo que oís: dicen unos que se fugó... pero no me atrevo a relataros todo lo que se murmura en Urdóx.

—¿Por qué?

—Porque temo que lo lleveis a mal.

—Sentiría que la calumniasen: ha vivido en mi compañía, y eso basta para que yo me interese por ella.

Y dijo estas palabras con una voz dulce é impregnada de sentimiento.

—Se murmura mucho en estos pueblos, señora. Aseguran que se fugó con vuestro mayordomo, el señor German.

—Eso no puede ser, exclamó Carolina. El, un hombre de su edad, tan respetable...

—Pues ahí vereis. Otros, y estos se creen los mejor informados, aseguran tambien, que engañada en su amor, se suicidó arrojándose al Urdóx.

—¿Engañada en su amor has dicho?

—Así corre por el pueblo: ya os he dicho que se murmura mucho.

—¡Pobre joven! ¿Luego amaba a alguno?

—Esa es cosa sabida de todo el mundo.

—Y sin embargo, yo la ignoraba, dijo Carolina con la mayor naturalidad.

—Pues yo os contaré con todos sus pelos y señales esa historia, es decir, según la cuentan las gentes.

—Me darás mucho gusto en ello.

Y Pedro, gozoso de ver a su ama tan comunicativa, se disponía a relatar todos los rumores que corrían en la aldea de Urdóx, cuando golpearon en la puerta del salón. ¿Quién llama? preguntó Carolina.

—Soy yo, contestaron de la parte de afuera.

—¿Damian!

—El mismo, que vengo de Pamplona.

—Entra, muchacho, entra, se apresuró a decir madama con muestras de impaciencia: y tú, Pedro, añadió dirigiéndose al pastor, punto en boca, y otro día me contarás esas historias: puedes retirarte, porque no te necesito.

El pastor salió de la estancia, y Damian, aparentando gran fatiga, se acercó a madama.

—¡Válgame Dios! exclamó, sentándose sin ceremonia, ¡cuán largo es el camino de Pamplona a Urdóx!...

—¿Estás cansado, mi buen Damian? le preguntó Carolina sonriéndose.

—Vaya si lo estoy... si así no fuera, ¿me había yo de atrever a sentarme en vuestra presencia? No faltaba más.

—¡Pobre muchacho! Descansa cuanto quieras: puedes tambien comer algo de lo que hay en esos platos; a tu edad siempre se tiene hambre.

—Por ahora la tengo casi satisfecha. El señor German puso en mi morral lo suficiente para no sentir el hambre durante mi viaje.

—¡Hola! Ya veo que mi anciano mayordomo no ha perdido su buena costumbre.

Damian miró a Carolina al soslayo al oír la decir *mi anciano mayordomo*, y murmuró:

—No me la pegas: yo sé a qué atenerme respecto a eso.

—¿Y cómo sigue mi buen German?

—En perfecta salud, señora.

—¿Pero qué hace en Pamplona? ¿En qué se ocupa?

—Si he de contestar con arreglo a lo que yo he visto, se ocupa en comer bien y en dormir mejor.

—Vida de mayordomo, y sobre todo cuando llegan a cierta edad.

—Eso mismo he pensado yo muchas veces.

—¿No te ha dado algo para mí?

—Si señora: una carta.

—Y te estás con esa calma...

—Tengo tantas cosas en la cabeza, contestó el ex-monago con intencion, que casi, casi había olvidado esa circunstancia.

—Vaya una gracia, ¿con que tienes mucho en que pensar?

—No es poco por vida mía; pero eso no os importa, señora, ni debéis ocuparos de cosas que me atañan, a mí, pobre diablo, que no me ocurren mas que simplezas. Ahí teneis la carta. Y se la entregó.

—Hánme dicho, sin embargo, que eres listo, dijo madama abriendo el pliego.

—Calumnias, señora, calumnias, dijo Damian bostezando.

Y luego murmuró su pregunta favorita:

—¿Que diablos contendrá esa carta? Observemos.

Y bostezando con mas fuerza, cruzó sus dos manos sobre las rodillas, inclinó hacia atrás la cabeza, cerró los ojos y empezó a roncar.

El ex-monago se acordó del buen éxito que había tenido esta estratagema la primera vez que la puso en planta con el mayordomo, y como era lógico ante todo, calculó que usando de los mismos medios se obtienen casi siempre los mismos resultados.

Carolina se engolfó en la lectura de la carta.

En el interin, Damian, entre ronquido y ronquido, murmuraba de nuevo:

—Pero señor, ¿qué diablos contendrá esa carta?

Y fijaba su vista, a través de las pestañas, en el rostro de madama.

Esta, al oírlo roncar, dijo suspirando:

—¿Quién pudiera hacer lo que ese rapaz!...

Y prosiguió su lectura.

Notó de pronto Damian que Carolina separaba la vista del papel y que la fijaba en él.

—Apostaría mil contra uno a que el *zorro* le dice algo que tiene relación conmigo.

Madama continuó leyendo.

De repente se puso pálida, y tornó a mirar con mas atención al mancebo.

Este lanzó un sonoro ronquido y siguió pensando.

—Vaya con Dios: ahora si que de seguro habla de mi esa carta. ¿Tendremos otro lance como el de las pistolas de marras?

Y por un movimiento perfectamente fingido, soltó sus manos que cayeron inertes a los costados, colocando la derecha

(1) Véase los números anteriores.

en contacto con el palo que le servía de apoyo en sus viajes.

Carolina concluyó de leer por la segunda vez aquella misiva, y contemplando detenidamente al dormido, dijo:

—Eso no puede ser: el coronel se equivoca; tan joven...

Luego se acercó a Damian, que roncaba a mas y mejor, y le tocó en el hombro.

Tardó algún tiempo en despertar, restregó los ojos con estraña precipitación, y quedóse mirando a Mad. de Bréssens.

—Dígame German, amiguito, que eres portador además de otra carta que deseo leer: siento haber interrumpido tu sueño, pero es preciso que me entregues ese pliego.

—Veo que el señor German es un hablador, porque no debía haberos comunicado una cosa que yo le dije en confianza.

—Es que tú no sabes, Damian, que todo lo que tiene relación con tu nuevo amo, y recalco estas palabras, es de mucho interés para mí.

—Ya; pero es el caso, que no creo muy bien hecho eso de entregar al primero que llega las cartas que van dirigidas a otras personas; esto lo aprendí cuando era correo, y podes creer que siempre cumplí bien y fielmente aquella consigna.

—Es cierto; pero ahora que eres un simple enviado, bien puedes hacer conmigo lo que has hecho con el señor German.

—Eso es lo que le sucede al que se fia de personas que tienen larga la lengua.

Y diciendo esto entregó a madama la carta de Bertholon. Al tocar Carolina aquel papel, sintió un estremecimiento nervioso que no se escapó a la penetración del mancebo.

Largo rato permaneció Carolina con el pliego cerrado, como si temiese que su contenido pudiera causarle un daño inmediato.

Al fin lo abrió: el papel temblaba en sus manos; en el rostro pálido de madama se adivinaba la impresion que causaba en ella la lectura de aquellos renglones trazados por una mano enemiga.

Damian en tanto tarareaba entre dientes una canción, y pensaba que la segunda carta sería mas interesante que la primera.

—Es muy extraño lo que a mí me sucede, pensaba el rapaz: he aquí que un día se me antoja sentar plaza de soldado, y caigo precisamente de patas y doy de hocicos con ese Bertholon, que al parecer, es conocido de muy antiguo de personas... Vamos a cuentas y no cometamos necedades. Estoy en posición de hacer mi fortuna, si sé sacar partido de estas circunstancias tan estrañas...

—Bien, Damian, bien: exclamó de pronto Carolina, doblando cuidadosamente el papel, envolviéndolo en el sobre, tornando a cerrar este con destreza y entregándoselo a Damian. El ex-monago lo tomó, miró detenidamente el pliego y dijo a su vez:

—Cualquiera diría que este pliego ha llegado, cuando llegue, intacto a manos de quien va dirigido, y sin embargo, han leído su contenido dos personas antes que la interesada. Si yo hubiera sospechado esto, muchos secretos sabría a estas horas.

Carolina se sonrió al oír estas palabras.

—¿Y ahora, qué piensas hacer? le preguntó.

—Difícil es contestar a esa pregunta. Yo soy como la pelota que el sacador envía al restador, y este a su vez devuelve al contraresto: preguntad a la pobre pelota a donde irá a parar, y me deo cortar una oreja si os responde con acierto.

—Mucho sabes: dijo Carolina sonriendo. Veo que German te ha conocido mejor que yo. Con que, es decir que...

—Es decir, señora, que yo soy la pelota; que el señor German es el sacador, vos el restador; mi amo Bertholon el contraresto, y ahora espero saber quién será el que me recoja.

—No es mala comparación, Damian.

—¡Oh! Yo siempre he sido exacto en mis comparaciones.

—¿Y te contentas con representar ese papel?

—Que quereis que yo haga interin se presenta ocasión de cambiarlo, habré de contentarme con este.

—Bien contestado: y puesto que el señor German te recomienda con instancia, y me dice que eres fiel, yo que soy de su opinion respecto a lo que has de hacer, te aconsejo que mañana lleves a su destino ese pliego dirigido al general frances que manda en Bayona.

—Así se hará.

—Si te hace falta dinero...

—Nunca están de mas los reales de plata.

—Tendrás cuanto necesites: cuando la casualidad o la Providencia nos pone en contacto con una persona fiel, debemos agradecerle, y de ninguna manera podemos demostrarlo mejor, que estimando a la persona y recompensando sus servicios.

—Me habian dicho, señora, que érais buena, y veo que es verdad, dijo Damian con el semblante mas placentero que pudo poner. Así es que no comprendo como pueda haber quien mal os quiera, o mejor dicho, quien no os ame. Mal haya Félix, que pudiendo estar a vuestro lado, se anda por esos mundos sin que yo sepa en busca de qué.

Carolina se puso colorada como la grana, al escuchar las inesperadas palabras del rapaz; luego palideció, finalmente corrió a la puerta del aposento que cerró por dentro, y volvió rápidamente a sentarse junto a Damian.

Este murmuró cogiendo el palo al notar aquellos preparativos que nada tenían de pacíficos.

—¿Si habré cometido alguna necedad? Estemos alerta.

—Dime, Damian, dime por tu vida, exclamó madama con ansiedad y tomando las manos del rapaz entre las suyas; has saltado espresiones cuyo sentido no he comprendido bien: ¿qué has querido decirme con ellas?

—Alguna simpleza, señora, alguna simpleza: yo no sé decir mas que sandeces.

—¿Damian! dijo Carolina clavando su penetrante mirada en el muchacho. Tú no sueltas jamás una palabra sin que esté calculado de antemano el efecto que ha de producir: German me lo ha dicho varias veces, y voy viendo que no se equivoca. Escucha ahora un consejo y no lo olvides jamás.

—Decid, señora, decid: replicó Damian que empezaba a temer las consecuencias de aquella conferencia, por mas que confiase, tal vez en demasia, en su imaginación, que siempre se prestaba a sugerirle medios para sacarle de sus apuros. Los consejos no caen en tierra estéril: a ellos debo el saber lo poco que sé.

—He aquí el consejo.

—Os escucho; y al decir esto, Damian se inclinó como para oír mejor.

—No juegues nunca con el fuego.

—¿Pardiez! Ese consejo no es de los mas nuevos: dijo el rapaz sonriendo.

—Pero es muy sano, y aprovéchate de él: sobre todo, no lo olvides.

—Os lo prometo.

—Segun veo, hace tiempo que estás metido entre brasas: has tomado parte en asuntos demasiado graves para tu edad, en la cual la prudencia no es lo que mas sobra. Hasta ahora has dado pruebas de talento, de travesura y fidelidad: eso te salva.

—Habeis dicho mal, señora: no soy yo el que ha tomado parte; son otros los que me han metido de hoz y de coz en estos enredos.

—Sea como quiera, ya no es posible volverse atrás, sin esponerte a morir. Ahora bien, prosiguió Carolina, notando la impresion que habian causado sus palabras en el rapaz; además de los secretos que antes sabias, has sorprendido otro que no será menos peligroso para ti.

—¿Qué secreto es ese? preguntó Damian fingiendo un asombro tal, que engañó completamente a Carolina.

Esta se le quedó mirando y pensó que tal vez no habia estado muy acertada en soltar prendas que ya era muy difícil recogerlas, pues por los antecedentes que tenia del coronel D'Herville, sabia que Damian estaba dotado de una penetración muy superior a su edad.

—Es un secreto que yo creia ser sola en poseerlo. Me has hablado de Félix, y lo has traído a cuento, cuando su nombre y su persona nada tenían que ver con lo que hablabamos.

—Eso sí que no es cierto; dijo el ex-monago dando una palmada. Os he dicho que érais buena, y que mejor haria Félix en estar quieto a vuestro lado, que no andarse de Ceca en Meca como le sucede de algun tiempo a esta parte, y esto no lo he dicho con intencion dañada; y si para demostrar que yo en su lugar no me moveria de aquí; porque... porque...

—Prosigue: dijo Carolina viendo que el rapaz quedaba callado.

—Porque... ¡Vayan al diablo los fingimientos! exclamó como si fuese a descubrir el secreto que con mayor cuidado pudiera guardar en su corazón. Porque yo sé que socorreis a su buena madre, y a él no le faltan ni buena pólvora, ni cuanto le es necesario para la caza. Y luego, yo creo que no se encuentran ocasiones tras cada esquina, de poder vivir al lado de gentes buenas como vos lo sois. Ea: ya solté mi secreto, con dos mil demonios.

—¿Es eso todo, Damian?

—Todo: reviente aquí mismo, amen, si me queda algo aquí. Y señaló el corazón.

—Te creo, Damian: pero eso no es un secreto para nadie, puesto que es bien publico que yo envío de vez en cuando algun socorro a la madre de Félix, para poder pagar de esta manera un servicio que hace mucho tiempo me prestó su esposo.

—He aquí lo que son las cosas, repuso Damian con muestras de candidez, creia que solo yo era sabedor... pero ya me enmendaré para lo sucesivo, y procuraré despojarme de este amor propio que tan a menudo me engaña.

—Obrarás acertadamente en ello. Ahora me interesa saber en donde has visto a Félix, porque su ausencia nos tiene con mucho cuidado a su madre y a mí.

—Lo cual prueba que se ha ausentado sin decir esta boca es mía.

—Justamente.

—Yo lo encontré en Pamplona.

—¿En Pamplona?

—Sí señora, y no estaba solo.

Carolina hizo un movimiento que no se escapó al ex-monaguillo.

—Dices que no estaba solo: ¿quién le acompañaba?

—Gaspar, el pastor, aquel para quien me disteis la carta...

—Ya, ya me acuerdo.

—Por cierto que como era muy tarde, se la eché por la gatera.

—¿Riciste bien. Y dime, supongo que les habrás hablado...

—¡Vaya!...

—¿No te han dicho cuál es la causa de hallarse en Pamplona?

—Esperad: casi lo he olvidado.

—Pues recuérdalo, Damian, recuérdalo bien.

—Sí, esto es, me dijeron que iban en busca de cierta persona que habia desaparecido del pais.

—¿Su nombre?

—¡Oh! Eso no me lo quisieron decir. No conoceis a Félix como yo. Es el hombre mas reservado que conozco.

—No se parece a tí, pensó Carolina. Seria porque tú no insistias en ello, añadió en voz alta.

—Soy poco curioso, señora, mal que les pese a algunos que no me quieren bien y dicen que tengo mucho de observador, y que para serlo, es preciso tener inclinaciones de curiosar, y....

—Bien, bien. ¿Pero no te confieron el resultado de sus pesquisas?

—No señora; aunque yo creo que estaban muy lejos de salirse con la suya.

—¿Qué motivos tienes para suponerlo? No me ocultes nada, Damian.

—Gaspar estaba muy triste.

—¡Pobre hombre! dijo Carolina con tono de profunda compasion. ¿Y Félix parecia triste tambien? preguntó fingiendo la mayor indiferencia.

—No señora, al contrario, parecia mas alegre, aconsejaba a Gaspar que procurara distraerse y no dejarse dominar por el dolor.

—Tanto mejor, Damian; tanto mejor; porque te aseguro que me hubiera sido muy sensible el que Félix tuviese motivos de tristeza.

—Pues a fé, a fé, que segun yo he podido colegir, tantos motivos debia tener el uno como el otro para no estar alegres. Y yo, aquí donde me veis, tampoco estoy de humor para bromas.

—¿Oiga! Tambien tú...

—Si señora, se apresuró a interrumpir el rapaz: despues de lo que ha sucedido...

—¿Qué ha sucedido, Damian?

—¿Qué? vos debiais saberlo mejor que nadie.

—¿Yo?

—Sí, vos, que, segun las apariencias, os interesabais tanto por ella.

—¡Ah! exclamó Mad. de Bréssens; ya comprendo: Inés...

—Ya: ¿de quién quereis que hable? ¿desaparecer de la noche a la mañana!...

—¡Pobre jóven! bastante la he llorado: la queria tanto...

—¿Pardiez! pensó Damian: no sabia yo que una señora de tantas campanillas pudiera mentir de este modo. Lo hace mucho mejor que yo.

—No puedes imaginarte, prosiguió madama, cuantos pasos he dado para indagar su paradero; y como su padre desapareció al mismo tiempo, circunstancia que supe dos dias despues, supuse que se habria marchado en su compañía, y he cesado en mis pesquisas.

—Pues no hay tal: unos creen que ha muerto...

—Eso seria horrible! ¡tan jóven! ¡tan buena!...

—Otros que se fué con un desconocido...

—Pura calumnia, ¿no es verdad?

Y al interrumpir de esta manera, el semblante de Carolina denotaba honda compasion.

—Afortunadamente todo es mentira, añadió Damian con aplomo. Pero yo estoy aquí charla que charla y pasando el tiempo, olvidando que he de llevar a Bayona la carta de mi amo.

Y levantándose de su asiento, se dispuso a marchar.

—No corre tanta prisa, replicó Carolina haciéndole sentar de nuevo. Todo lo que tenga relacion con Inés me interesa en sumo grado. ¿Con qué son falsos los rumores que han corrido?

—Vaya si lo son.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque me lo han contado.

—¿En dónde? ¿Quién? preguntó madama, que como suponían nuestros lectores tenia grande interés en averiguar el paradero de la hija de Gaspar.

—¿En dónde? En Almandoz.

—¿Dónde está ese pueblo?

—A cuatro horas de aquí.

—¿Y quién te ha dado noticias de esa desgraciada jóven.

—Marta.

—¿La madre de Félix?

—No señora: es otra muger que se llama tambien así. Una muger muy vieja, muy vieja, mucho mas vieja que la madre del cazador.

—Y dime, Damian: ¿te ha dicho el parage donde se halla? No me ocultes nada: ya sabes cuanto he querido a esa jóven y cuán grande seria mi placer al encontrarla y entregársela a su padre, que, segun tus sospechas, anda en su busca en compañía de Félix.

—¿Yo ocultaros nada? ¿y por qué? Desgraciadamente solo dijo que se encontraba en estas cercanías aunque no supo, o no quiso precisar el sitio.

—Una muger, vieja.... murmuró Carolina recordando de pronto a Atsó-gorriá. ¿Qué señas tiene la que te ha contado todo eso? ¿Es pequeña?

—¡Quia! exclamó el ex-monago con la mayor seriedad: es mas alta, ya lo creo, mucho mas alta que vos.

—¿Regordeta?

—¿Regordeta, Marta?

Y el rapaz soltó una carcajada tan franca y ruidosa, que hubiera hecho honor al mas hábil diplomático.

—¿Regordeta!.... ¡Si es mas flaca y seca que un bacalao!

—¿Pero eso que dices te lo ha contado a ti solo?

—No señora: yo estaba descansando y comiendo un bocadito en la posada de aquel pueblo, mientras calculaba el tiempo que podria tardar en llegar a Urdóx. De repente oigo que las gentes reunidas alrededor del fuego pronuncian el nombre de esta aldea, el de Inés y el de Gaspar: entonces fijé la atencion en lo que hablaban, y pude hacerlo sin peligro porque nadie habia notado mi llegada. Travóse una disputa muy acalorada: los unos decian que Inés habia muerto en las aguas del Ur-epél; los otros, entre las garras de un oso; no faltó quien dijese que era una jóven perdida que habia manchado su honra y las canas de su padre huyendo en compañía de German.

—¿Qué calumnia!

—Ya lo creo, ¡y delante de quien la echaban a volar!.... Delante de mí, que sabia positivamente todo lo contrario. Así es que iba a levantarme para desmentirla, cuando se presentó en la cocina la vieja de quien hemos hablado, la cual sin duda hubo de oír aquellas palabras, porque dijo resueltamente:

—«Eso es mentira.»

Todos volvieron la cabeza al oír aquella voz, y se levantaron para hacerla sitio junto al hogar.

—«¡Oh, oh! exclamaron: esta nos dirá la verdad.»

—Y yo era de la misma opinion, señora, porque esa muger dicen que sabe mucho.

—Otra hay que sabe mas, Damian; dijo Carolina.

—Podrá ser así; pero lo cierto es que Marta la larga, como la llaman en todo el valle de Ultrama, merece entero crédito. Dijo pues, que Inés no habia salido de estas cercanías, en donde permanecia oculta. Todos deseaban saber en que punto se encontraba; pero ella se embozó en su capotillo y pidió de almorzar: así es que todos nos quedamos con las ganas, y hubimos de contentarnos con lo que ella nos quiso decir.

Durante esta narracion, Carolina estuvo inquieta sin atreverse a interrumpir al rapaz que tan a su saber y con tanto descaro mentia: temia que si llegaba a distraer su atencion con preguntas intempestivas, no podria sacar nada en limpio: esperaba asimismo descubrir algun indicio del paradero de Inés dejando hablar libremente al ex-monago, que en su concepto, como hemos podido notar, nada tenia de reservado: pero sus esperanzas quedaron defraudadas al ver que Damian habia concluido su historia dejándola en la misma ignorancia que antes acerca de lo que tanto la importaba saber.

—¿Es decir, repuso madama, que si bien es cosa positiva que Inés ni ha muerto, ni se ha fugado con German, se sabe al menos que ha desaparecido de la vista de todos?

—Así parece.

—¿Y nadie mas que esa Marta la larga, como tú la llamas, sabe donde se halla oculta?

—Al menos yo así lo creo.
—¿Te parece, Damian, tú que eres tan sagaz, que podríamos encontrar a esa vieja?
—¡Hum! mucho lo dudo.
—¿Por qué? Con dinero todo se logra.
—Buena es ella para que la vayan a arrancar un secreto por dinero!.....
—Si lo intentásemos.....
—¿Y dónde hallarla?
—¿Tal difícil es?

El pobre Damian se encontraba en un aprieto, y otro cualquiera se hubiera visto apurado para salir de él; pero nuestro héroe atropellaba por todo cuando se trataba de tener la suya sobre el hito; así es que mirando a Carolina como si le extrañase sobremanera su pregunta, contestó:

—¿Difícil habéis dicho? ¡Ahí es nada! Figuraos la cosa más difícil de conseguir en este mundo; pues será muy posible y hacedera en comparación de lo que pretendéis. ¡Encontrar a Marta! prosiguió mirando al techo y tecleando en la mesa con los dedos; ¡cómo si se pudiera topar en el invierno con la pluma que se desprendió del ala de una paloma torcaz en el mes de marzo!...

—Con que según eso...
—Haced lo que yo, que tengo tantos deseos como vos de saber el paradero de Inés: esperar a que el tiempo lo descubra.

—¿Y su pobre padre? replicó Carolina con voz melosa.
—Que aguarde como vos y yo.
—Tienes razón: además de que nadie está obligado a hacer más de lo que puede.

—Es verdad, contestó Damian levantándose.
—El día está muy adelantado, Damian, y tienes mucho que andar: no quiero que por mí te retrases en tu comision: dejemos las cosas de otros tal cual están, y ocupémonos de nuestros asuntos.

—Es lo mejor que podemos hacer.
—Bien dicho. ¿Cuándo vuelves de Bayona?
—Mañana sin falta.

—En ese caso, ven por aquí: tengo que darte la respuesta a la carta del señor German; y puesto que tú eres el único que me ha dado buenas noticias de mi mayordomo y de mi querida Inés, toma eso en albricias, y cuenta con que no será lo último que recibas de mí si te muestras fiel y complaciente.

Miró el ex-monaguillo al salir el contenido de un bolsillo que Carolina le había puesto en la mano, y dió un brinco de alegría al ver que estaba casi repleto de monedas de oro.

—De buena me he librado! dijo luego que se vió fuera de la aldea, y echando a correr por el camino de Bayona.

Carolina en tanto se encerró en su aposento, abrió de nuevo la carta de D'Herville, y púsose a leerla con atención. Su contenido era el siguiente:

«Los sucesos caminan de bien en mejor: la ciudadela de Pamplona está en poder de nuestros enemigos merced a una traición infame: a estas horas habrá acontecido lo mismo en otros puntos de la Península. El efecto que este hecho inaudito ha producido en el pueblo navarro es excelente para nuestro objeto. La demasiada travesura y el excesivo celo del portador, han podido hechar a perder el negocio: afortunadamente el gobernador de Pamplona no era ni con mucho tan avisado como Damian, y los franceses han tomado posesión de la fortaleza con el mayor sosiego. Yo por mi parte procuro irritar los ánimos del paisanaje contra los franceses; Franz, a quien conozco, ha marchado a Madrid, en donde se preparan acontecimientos de la mayor importancia: estad alerta y secundadme. Suponiéndolos deseosa de saber como han pasado las cosas, y queriendo ahorrar a mi mensajero el trabajo de narrar la historia de un hecho de armas que cubrirá de infamia por mucho tiempo el nombre francés, siendo además indispensable que Damian entregue en Bayona lo antes posible otra carta de que es portador, y de la cual deseo tomeis conocimiento, porque su contenido puede interesaros, carta escrita por vuestro buen amigo Ber..., voy a contaros sucintamente los hechos.»

Aquí hacia una relación de lo que sucedió en Pamplona desde la entrada del general D' Armagnac hasta el día en que escribía la misiva: luego proseguía:

«Por lo dicho comprendereis el partido que podremos sacar de ese muchacho, cuya travesura, penetración y talento natural, me han asustado más de una vez. Fiaos de él hasta cierto punto: hacédle hablar y comentad cuanto diga, pues nunca suelta una expresión sin objeto. Es enteramente mío, no se aun si por miedo, por interés o por odio a los franceses: esto importa poco; lo esencial es que sea nuestro. En su posición como criado del comandante vuestro amigo, puede sernos muy útil. Aduladlo, no escaseéis el dinero, y tratadlo con familiaridad.

«Vais a reiros de mí, condesa, al saber que sigo amando a Inés, y que no pasa momento sin pensar en ella: por esquisitas que hayan sido mis pesquisas a fin de averiguar su paradero, nada he podido conseguir: así es que en medio de la satisfacción que me causa la marcha de los sucesos políticos, hay para mí cierta pena, cierta pesadumbre que acibara mis alegrías: yo me creía ambicioso tan solo; veo que no me he conocido.

«Adios, condesa: participadme todo cuanto sepais y cumplid la palabra que me disteis de ocuparos sin descanso en descubrir el paradero de Inés: por Franz habreis sabido la aventura fantástica del despenadero de Arlecu: es cosa que no he podido explicármela: algún día podremos encontrar la aclaración de aquel misterio....»

«Ojo alerta, condesa: el enemigo lo teneis cerca: mucha prudencia; ya sabéis que estoy a vuestras órdenes y que nunca os fué mal con mis consejos.»

«D' Herville.»

La condesa cerró lentamente la carta; apoyó la cabeza en sus manos y quedóse pensativa.

En su rostro expresivo iban reflejándose poco a poco todos sus pensamientos; pensamientos de odio, pensamientos de amor, pensamientos de venganza sangrienta.

Sus negros ojos lanzaban a veces rayos de ira, muy en armonía con el fruncimiento de sus cejas, con el ligero temblor de sus labios que pronunciaban en silencio alguna horrible maldición.

Otras veces asomaba a sus párpados una lágrima brillante que después de oscilar algún tiempo entre sus largas pestañas, rodaba ligera por el ovalado rostro de la hermosa dama; entonces entrecabría su linda boca una dulce y melancólica sonrisa, y su mano oprimía el pecho en el lado del corazón.

De pronto se crispaba aquella mano, a la sonrisa apacible sucedía un fruncimiento extraño: y su cuerpo esbelto, mórvido, plegado, por decirlo así, perdía su elasticidad y adquiría tal rigidez que asustaba.

Era indudable que mil y mil ideas, contrarias todas, cruzaban rápidamente por aquella imaginación de fuego, sin dejarla un momento de descanso.

Como si quisiera precisirlas, clasificarlas, presentarlas una tras otra en perfecto orden de sucesión, apretó Carolina su frente con entrambas manos, y por un supremo esfuerzo de su poderosa organización, logró serenarse y adquirir la sangre fría bastante para sujetar a un método claro y preciso todas las ideas que antes se confundían en su mente.

—Me desconozco, murmuró echando la cabeza hacia atrás y pasándose la mano por la frente. Tengo ante mí, al alcance de mis manos, al objeto de mi odio eterno, y por Dios vivo, que estaba a punto de olvidarlo. Tengo también al que ha hecho revivir en mi corazón la llama del amor, que yo creía estinguida para siempre. Tengo elementos para saciar mi odio vengandome de un ultraje sangriento, y para conseguir el objeto de mi cariño... Y sin embargo, mi razón se ofuscaba y no encontraba medios para conseguir el cumplimiento de mis deseos. ¡Calma, Carolina, calma! En situaciones más críticas te has encontrado antes de ahora, y has triunfado de obstáculos insuperables para almas comunes. Recapitulemos: Bertholon, según su comunicación oficial, viene a situarse con parte de sus fuerzas en la extrema frontera, con el objeto de mantener expeditas las comunicaciones con Francia, y sofocar cualquiera tentativa de insurrección que pudiera ocasionar la alevosía de Pamplona. Acabando con él, satisfago mi venganza y sirvo a la causa real, privando al Corso de un poderoso auxiliar, y librando a España de un enemigo, pequeño sí, pero temible. Lo pensaré... Damian será mi instrumento; ¡excelente instrumento por cierto!...

Y al murmurar así, asomaba a sus labios una diabólica sonrisa de satisfacción.

—Félix está en Pamplona: haremosle venir. Acompaña sin duda a Gaspar en sus inútiles pesquisas. Los que pueden estorbarme son, una joven cuya reputación está casi perdida, y cuyo paradero es preciso saber a toda costa. El amor es ingenioso y presta astucia... D' Herville ama a Inés: nadie mejor que él podrá encontrar el parage en que se oculta; y una vez hallada por el coronel... además de que algo hay que fiar a la casualidad... ¡Nos ha servido tantas veces!... ¡Ah! exclamó de pronto poniéndose sumamente pálida. Olvidaba otro enemigo terrible. ¡Dios mío! ¿Será posible que sea él? Yo lo ví morir, lo ví revolcarse en su sangre y desaparecer su cadáver entre las humeantes ruinas de mi palacio incendiado!... Su resurrección sería una obra del infierno. ¡Bah! tornó a exclamar con forzada risa: los muertos no resucitan: y sin embargo, mis ojos lo han visto... dormido... furioso... amenazador...

Inclinó Carolina la cabeza y volvió a engolfarse de nuevo en un mar de ideas confusas.

Dos días después, cerca del anochecer, Damian se hallaba en el sendero del despenadero de Arlecu.

Puso las dos manos en la boca ahuecándolas en forma de bocina, y con toda la fuerza de sus pulmones, gritó por tres veces:

—¡Marta!...
—¡Marta!...
—¡Marta!...

La voz cascada de la vieja, repetida por el eco, contestó desde el fondo del abismo.

Una hora después oíase el cantar alegre del ex-monaguillo, que cruzaba entre las sombras de la noche el puerto de Izpegui, y golpeaba a poco en la puerta del caserío de Miguelon.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

J. M. DE GOIZUETA.

Maravillas del arte y de la industria.

VIII.

LOS AUTÓMATAS.

Llámanse autómatas las figuras que se mueven por medio de resortes mecánicos hábilmente dispuestos en su interior, y que tienen en sí mismos el principio de estos movimientos con que imitan los de los seres animados. Es cosa que sorprende y embelesa el ver a la materia inerte animarse e imitar las funciones de los seres vivos por medio de los procedimientos que el ingenioso artífice supo combinar en el interior de su máquina, así es que las maravillas artísticas de este género, no solo sorprendieron a los contemporáneos, sino que se hallan bien consignadas en la historia. Aulo Gelio ya hace mención del pichón de madera construido por Arquitas: pichón que se sostenía y volaba en el aire, y con el que tiene mucha analogía el águila voladora de Muller. El autómatas de figura humana que andaba y aun producía sonidos, construido por Alberto Magno en Colonia en el siglo XIII, fué un asombro en medio de la ignorancia general en que la Europa estaba sumergida. También el célebre matemático, el padre Kircher, tenía en su museo un autómatas que profería sonidos articulados, y el abate Mical llegó a construir cabezas de bronce, que no solo articulaban sonidos, sino que pronunciaban con toda claridad frases enteras. Además de las figuras parlantes, se han construido en diferentes tiempos otras que tocaban algún instrumento, como el trompeta de coraceros de Maelzel, que ejecutaba todas las tocatas del arma de caballe-

ría. Mas sorprendente ha sido, porque parece que supone cálculo mental, hacer que una figura juegue a el ajedrez como lo consiguió el baron de Kempelen con su célebre autómatas que tanto ha llamado la atención de la Europa, y con el que el emperador Napoleon jugó a los dados en el año de 1809 a su paso por Schœbrunn.

Ningunos de estos autómatas, sin embargo, son tan extraordinarios en su género, ni gozan de una celebridad tan europea como las maravillosas figuras construidas por Vaucanson. Llegóse a sospechar, y aun así se dijo públicamente, que en el autómatas de Kempelen había un hombre oculto dentro de la máquina, porque solo un hombre podía hacer que se moviese con aquella precisión y aquella prontitud que causaban tanta admiración; pero en las admirables figuras de Vaucanson nadie ha llegado a sospechar alguna superchería. El fué quien construyó patos que imitaban maravillosamente todos los movimientos exteriores propios de la especie; así es que andaban y se chapuzaban en el agua, movían las alas y las espulgaban con el pico, tragaban el grano, le digerían y espelían transformado. Fué autor Vaucanson de muchas máquinas y aparatos ingeniosos, en los que por medio de resortes diestramente colocados se facilitaban a la industria útiles aplicaciones. En la quietud de la convalecencia de una grave enfermedad, se cree que meditó Vaucanson su obra mas asombrosa, cuyos preparativos le ocuparon por mucho tiempo, haciendo trabajar todas las piezas a su vista y por dibujos suyos. Todos le preguntaban qué era lo que proyectaba, pero él guardaba la mas prudente reserva y a nadie comunicaba su pensamiento: entretanto seguía ajustando sus piezas que se iban adaptando maravillosamente. Hasta su criado, constante testigo de sus trabajos, no podía resistir a su impaciente curiosidad; pero el amo hacia un misterio de sus operaciones y eludía sus preguntas. Llegó por fin un día en que terminados todos los preparativos, quería hacer Vaucanson el ensayo de su máquina, para lo cual despidió a todos los de casa, pues quería trabajar sin testigos; pero el susodicho criado tuvo maña para quedarse escondido dentro del aposento. Allí vió que la obra de su amo era una estatua maravillosa puesta sobre un pedestal que encerraba un mecanismo complicado. Vaucanson puso a su tiempo en juego todo aquel mecanismo, y el criado ya no se pudo contener, salió de su escondite y se precipitó a los pies de su amo, poseído de asombro y de respeto, pues en aquellos momentos le parecía un ser mas que humano el autor de aquella maravilla, puesto que la estatua estaba tocando la flauta con la mayor perfección, y así continuó hasta ejecutar diez tocatas diferentes. Amó y criado permanecieron abrazados por un momento, derramando lágrimas de gozo.

Hizo Vaucanson otro autómatas que tocaba el tambor y acompañaba a la flauta, guardando siempre la mayor reserva sobre los medios que empleaba para producir tan maravillosos efectos. El autómatas de la flauta, que se conserva hoy día en Viena, no produjo a su aparición el mayor efecto, porque se creyó que los sonidos fuesen producidos por alguno de los cilindros comunes de música, oculto en lo interior del pedestal y que el autómatas no hacia mas que imitar las acciones del que tañe el instrumento; mas cuando todos quedaron convencidos de que la estatua tenía una organización casi vital, y que ejecutaba por sí misma las tocatas, como se probó por el examen de una comisión de la Academia de Ciencias y por la memoria que Vaucanson leyó ante tan distinguida corporación, entonces las disposiciones del público cambiaron y se aplaudió con entusiasmo lo que antes se había mirado con desden.

No hubiéramos dado estas noticias acerca de los autómatas, sin la idea de completarlas dignamente con la de otra obra de este género que hemos tenido el gusto de examinar: obra no menos maravillosa y debida a un artista español, llamado don Ramon Antonio Iglesias. Este señor, con una rara habilidad y una paciencia a toda prueba, ha construido uno de esos útiles mueblecitos que se llaman neceseres y en el reducido volumen que estos muebles deben tener, ha aglomerado una porción de primores. La obra es toda de concha y marfil, pero no es la materia, sino la mano de obra y la elegancia de forma la que realza su valor. En el primer cuerpo, que es el que presenta la tapa al levantarse, se ve un lindo pais con elegantes edificios abultados en el fondo, y en el primer término se ve cruzar periódicamente por un camino de hierro, un tren completo precedido de su locomotora. En el centro de la caja se hallan los objetos propios de esta clase de muebles, como tijeras, alfilerero, punzon, etc., todos de marfil y en forma de graciosas figuritas. Tienen todos estos objetos una cubierta de marfil calada de preciosos arabescos, y en el centro dos medallitas apareadas con los retratos de sus magestades y estos retratos y los escudos de armas, y los angelitos y las muchas estatuitas alegóricas que rodean la caja son de tanta perfección como delicadeza, pues el tamaño de todo el mueble escede poco del acostumbrado en las usuales almohadillas de labor. En el cuerpo bajo hay un pais marítimo con peñascos a los costados y gruta con su manantial corriendo. Imitase con toda propiedad el movimiento de las olas y las oscilaciones de dos naves que en ellas fluctúan. Un pescador sentado en la orilla recoge de vez en cuando el ansiado pececillo y un curioso observador sentado sobre las rocas y con su antejo en las manos, se vuelve alternativamente y dirige la visual a unas torrecillas colocadas en los extremos y en las que se mueven telegrafos según el sistema antiguo y moderno. Observar el primor con que están hechas las labores, y el tan natural como variado movimiento de los objetos y figuras que animan los paisajes, amenizado todo con las armoniosas tocatas que resuenan en lo interior de la caja, es cosa que sorprende y embelesa, admirando cada vez mas el genio inventor del artista y el conjunto de habilidades que en un hombre solo supone la ejecución de una obra tan admirable. Esta ha sido presentada a S. M. la reina, que la acogió con benevolencia, y la justa recompensa concedida al autor es suficiente para desmentir lo que con tanta ligereza suele afirmarse de que, en España no se protege a los hombres de mérito.

F. F. VILLABRILLE.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.